

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

MELANCOLÍA

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN

CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

BLANCA ESTELA TRUJANO CABRERA

Director del trabajo recepcional

Dr. Isaí Moreno Roque

Ciudad de México, septiembre de 2016.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.



MELANCOLÍA



*A mis profesores, amigos y familia,
y a la UACM por darme el apoyo de
presentar e imprimir este proyecto.*

Índice

I. RELATOS: MELANCOLÍA

PÁG.

<i>Tumba para dos</i>	6
<i>Inocencia</i>	10
<i>Melancolía negra</i>	16
<i>Cazador</i>	26
<i>Por una gota</i>	38
<i>Culpa</i>	44
<i>Tonos dorados</i>	60

II. POÉTICA: EL SENDERO ENTRE LOS INMORTALES

<i>Buscando el sarcófago</i>	69
<i>De la fosa al lecho aristocrático</i>	78
<i>Visión nocturna</i>	95
<i>Caminando entre tinieblas</i>	104
<i>Bibliografía</i>	108

Tumba para dos



Tiempo atrás, mis ojos permanecían cerrados... o quizá estuvieran abiertos; no lo sé. La oscuridad me rodeaba y no había ninguna diferencia entre ver y no ver en aquellos momentos, así como tampoco la había entre el día y la noche. Lo único de lo que tenía certeza era que había pasado mucho tiempo; mi cuerpo entumecido y seco me lo indicaba, al igual que las raíces crecidas de un viejo árbol que me rodeaban y amenazaban con atravesar mi carne algún día. De ocurrir así, no le guardaría ningún rencor, al contrario, creo que le agradecería que tomara mi vida para sustentar la suya y así darle algún sentido a mi estancia allí. Pero, lamentablemente, ni para eso sirve mi cuerpo. Tan sólo soy un pedazo de materia, quizá orgánica pese a que no puedo pudrirme. Algo antinatural... eterno.

Ahora que había llegado a ese estado, estaba condenado no sólo a no poder disfrutar de la libertad como antaño, según pude comprobar al intentar mover alguna extremidad, sino a despertar cada cierto tiempo tan sólo para caer en la cuenta de encontrarme en el mismo sitio solitario y oscuro. Algo de lo que no debería quejarme, ya que yo elegí ocultarme y permanecer allí al haberme cansado de ver repetirse el mismo círculo decadente a mi alrededor pese a que, irónicamente, yo mismo no puedo cambiar. Sin embargo, el silencio que antes rodeaba a mi "lecho" y me aseguraba un confortable y agradable descanso eterno, había desaparecido. Desde hacía unos días, un ligero murmullo de voces y pasos en la cercanía había irrumpido mi sueño, convirtiéndolo ahora en un sopor casi insoportable al ser consciente con ello de mi permanencia en un espacio húmedo y reducido. Al principio no le tomé mucha

importancia al pensar en aquello como en un hecho aislado que quizá no se repetiría de nuevo. Pero no pasaron muchas noches antes de volverlos a escuchar. Eran voces de personas, quizá dos según pude comprobar aun con mis sentidos adormecidos; sus pasos iban y venían constantemente sobre la tierra, como si estuvieran revisando el terreno y lo marcaran con sus huellas. Algo curioso, tomando en cuenta que en tiempos anteriores pocas personas solían vagar por los alrededores, mucho menos adentrarse hasta el punto donde yo me encontraba tan sólo para hacer un mapa o algo parecido. Por eso es que elegí este lugar para descansar; un viejo cementerio abandonado en el que ya no tenía sentido dejar flores o visitar alguna tumba no era lo mejor para hacer turismo. Pero lo que más me desconcertó —y aligeró más mi sueño— fue que a los primeros ruidos les fueron acompañando otros más fuertes paulatinamente, más profundos; primero un golpe seco en la tierra y enseguida el sonido rasposo al retirarla. ¿Estaban cavando, quizá?, y de ser así, ¿con qué propósito?

De pronto una idea asaltó mi mente: profanadores de tumbas. Sólo de eso podía tratarse. Mientras pensaba en ello otro sonido invadió mi guarida, sobresaltándome, el cual no era más que mi propia risa. Me asustó un poco escucharla tras tantos años, pero enseguida ocasionó más de aquellos sonidos ásperos y apenas audibles provenientes de mi garganta seca. Pude haber reído otro poco más, tan sólo por el gusto de oírla y así, de algún modo, saber que aún existo, pero el mismo dolor que salía con ella me lo impidió. El tiempo no había pasado en vano y a éste también había sucumbido mi tan amada voz, por lo que mi inicial hilaridad terminó con un débil quejido lastimero.

Risa o quejido, no cambiaba el hecho de que aquellos hombres que pisaban sobre esas tierras, posiblemente no encontrarían nada valioso hurgando entre cadáveres centenarios. Mucho menos en el mío, si es que a mí se me podía llamar cadáver.

Nunca tuve ninguna posesión valiosa ni mucho menos la costumbre de enterrarme con alguna. Sería molesto, estorbo y, por supuesto, una manera de llamar a sujetos que suelen excavar en tumbas para sacar esos objetos.

Es una lástima, en mí no encontrarán nada. Nada valioso ni agradable... por lo que les aconsejo que se alejen de aquí. Déjenme descansar y ser alguien inexistente para ustedes. Déjenme dormir...

Pero, ¡ah!, ¿qué es lo que escucho de nuevo? Aquellos pasos y voces, aquellos golpes en la tierra; y no a unos metros de distancia como antes, ¡sino justo sobre mi cabeza! Es increíble, su ambición los ha traído hasta aquí. La tierra que me cubre es removida y, poco a poco, siento la fría brisa nocturna llegar a mi piel marchita, así como la mirada de uno de esos hombres, que no mostró mayor sorpresa al encontrar un cuerpo sin un féretro. Supongo que a esas alturas han visto tantos restos en tan distintos estados que ya nada les produciría conmoción, ¿cierto?

Y como si comprobara mi teoría, ese mismo hombre, sin dilación y temor alguno, se inclinó a un lado mío, después de retirar más tierra, y comenzó a rebuscar entre mis ropas raídas algún objeto de valor.

Déjalo ya, es inútil.

Pero tan metido está en su labor que no se da cuenta que mis ojos, antes cerrados (ahora lo sé con certeza), se han posado sobre él, y siguen despacio cada uno de sus movimientos; vislumbro sin mucho interés su aspecto físico, ya que pronto no será más que el cuerpo que ocupe mi lugar.

—Ya me imaginaba que no encontraría nada en alguien al que ni siquiera le hicieron una tumba decente...

“Cuánto lo lamento...”, pensé, dirigiendo las palabras a la mente de ese hombre que, desconcertado, se volvió hacia mí buscando —inequívocamente— el origen de la

voz en su cabeza. Pero poco le ayudó el percatarse de mí, pues a pesar de mi aparente inmovilidad, el instinto de supervivencia me llevó a atraparlo entre mis brazos y enviar mi boca a su carne, a beber su sangre y nutrir cada músculo con ella, devolviéndome la vida. La engullí tan rápido, que no hubo sonido alguno de queja o lucha de su parte; sin embargo, la noche estaba tan tranquila que su compañero, ocupado en otra tumba, se dirigía ahora hacia donde me hallaba.

—¿Encontraste algo bueno, o te asustó el muerto?

Su tono burlón en aquella pregunta me indicaba que no se había dado cuenta de lo ocurrido, y ni siquiera detuvo sus pasos al no obtener una respuesta. Pero claro, ¿a qué habría de temer si no hay más que esqueletos olvidados por aquí? Desgraciadamente para ti, “amigo”, algunos muertos sí se levantan y por eso deberías tener más respeto. Así como yo debería dejarte ir, por tener algo de respeto hacia la vida. No obstante, a pesar de haberme quedado nuevamente inmóvil en mi lecho de tierra, y ver cómo te acercabas a tu compañero inconsciente a quien intentaste despertar con una sacudida, no pude evitar repetir mi acción anterior y dejarte seco.

—Esto les pasa por tomar lo que no es suyo —les dije como despedida y salí de aquel agujero.

Al tiempo que eché un último vistazo a sus cuerpos, medité levemente sobre si debía cubrirlos pero, ya que mi despertar no fue precisamente deseado, simplemente me alejé y me pregunté si el pueblo que estaba cerca de ese cementerio abandonado bastaría para saciar mi sed. Después de todo, el tiempo pareció haberse detenido en la época en que decidí dormir —una noche de 1652— pero la actitud de aquellos ladrones me indicaba que, a diferencia de ese tiempo, encontraría más que un par de chozas alrededor.

Inocencia



Todas las noches la veía desde la ventana de mi habitación, al otro lado de la calle, en el edificio del frente. Su belleza me tenía embelesado, sus gestos, cada movimiento suyo. La observaba durante horas mientras dormía; tendida, serena... hermosa.

Desde que la vi por primera vez en un daguerrotipo descuidadamente abandonado sobre mi escritorio, su imagen se grabó en mi mente. Un rostro delicadamente ovalado, con un marco de mechones tan oscuros como el ébano; y esos ojos, esos ojos tan calmos que sin embargo ocultaban tempestades infinitas y apasionadas tras pupilas que yo adivinaba color avellana. No podía alejarla de mi pensamiento aun sabiendo que ya no era una mujer libre, prometida del hombre que viajó hasta mi tierra para hacer negocios. Yo no estaba interesado realmente en lo que él me ofrecía. Nada me hacía falta, mucho menos una nueva casa en tierras desconocidas al poseer ya un castillo. Pero aquella imagen, aquella mujer, me convenció con su gesto neutro desde la delicada miniatura.

Me vi firmando el contrato de propiedad sin pensarlo dos veces, y me dispuse a viajar a Bremen, la tierra donde ella vivía. Iba a ser un viaje largo pero no me importaba, podría cruzar el mar entero durante meses en un navío con tal de ver a un ángel como ella posar los ojos sobre mí.

Durante el trayecto soñaba con ese momento, casi podía oírla jadear de sorpresa al sentirme cerca, llegando por su espalda. En aquella visión onírica yo la abrazaba y besaba su cuello con dulzura. Su calor inundaba mi cuerpo como un dulce torrente de

fuego y después... se desvanecía al igual que mi sueño y dejaba sólo oscuridad entre mis brazos.

La misma oscuridad que me ha rodeado siempre.

Ese detalle no cambió tras llegar a aquella nueva ciudad llena de luz, muy diferente a las lejanas montañas de donde provenía, los montes Cárpatos. El ruido de los carros jalados por caballos, sumado al de la gente pasando por las calles, no era más que una mera distracción, un adorno del escenario del que nunca formaría parte y que prefería ignorar, sobre todo al recibir la grata sorpresa de que ella vivía extremadamente cerca, de hecho en una hermosa casa de estilo victoriano, a un lado de mi nueva propiedad. Podría haber ido a verla en cuanto me enteré pero, al ser un caballero de lo más conservador, no podía presentarme así como así frente a mi amada. Primero tenía que esperar un tiempo conveniente y, por encima de todo, tenía que ser invitado.

El tiempo que debía esperar para la invitación era lo de menos, la paciencia siempre había sido una de mis virtudes (que desapareció por un instante al dejarme llevar por el impulso de hacer aquel viaje; no obstante regresó a mí apenas me instalé). La simple contemplación de su ser me bastaba, más aún cuando noté que mi mirada no le era indiferente. No, era imposible que me hubiese equivocado, esos ojos me habían visto... o al menos habían adivinado mi presencia en las sombras de las ruinas vecinas. ¿Acaso me estaba engañando a mí mismo? La obligada distancia me hacía incapaz de leer en su mirada, pero sabía que la oportunidad llegaría pronto. Cada que podía, la veía entrar a su habitación y quitarse el abrigo, tímidamente descubrir su cuerpo de pieles que no eran suyas para dejar a la vista la verdadera, blanca y tersa, joven como lo era ella misma. Invitaba a tocarla sin realmente proponérselo con el simple hecho de mostrar parte de su cuerpo tras el biombo del que siempre salía, ya con el camión puesto y con el cabello negro y largo sirviéndole de velo en la espalda. Esa acción diaria

parecía un juego de incitación, pero aquello no podía ser... ninguna mujer comprometida sería capaz de hacer algo así, mucho menos ella, que con sus grandes ojos cafés irradiaba un aire puro, digno de una chiquilla. La misma mirada que podría encontrarse en un pequeño ratón o un animalillo parecido al saberse descubierto u observado de cerca, ya sea para admirarlo o... ah, mejor no pensar en eso...

No era coqueta; sin embargo, y de esto estoy seguro, devolvía mis miradas de forma tímida a través del espejo cada que se peinaba, antes de acostarse; a veces de reojo como intuyendo mi cercanía, otras por sobre su hombro, ya recostada, antes de cubrirse con una colcha, en la misma actitud alerta de un elegante felino. Estoy seguro, ella me esperaba, ¡ella sabía! Eso me encantaba.

Era inocente, era perfecta. ¡Cómo la deseé en ese momento! Pero ya casi amanecía y estaba cansado, tan cansado y hambriento. La contemplaba casi todas las noches —el momento más íntimo para ambos— y a veces no me alimentaba cuando debía, sólo por pensar en ella.

Pasaron los días y mi temple empezaba a mermar. Comencé entonces a ser más insistente, todavía tras la barrera invisible de la distancia y del vidrio, por medio de señas con las manos que evidenciaban mi deseo de, por lo menos, tocar su rostro. Quizá fui un tanto brusco, pues ella pareció escandalizarse; o tal vez sólo era el hecho de que estaba comprometida y no podía corresponderme. Pero no pasó desapercibida para mí su mirada inquieta hacia el espejo y la ventana, antes de levantarse y salir de su habitación a toda prisa. Fui demasiado osado, lo sé, pero no pude evitarlo. Quería acariciarla aunque fuera con mis sombras. No obstante, mi temor más intenso (que ella decidiera ya no presentarse ante mí) no fue más que una tontería de mi parte: ella continuó ahí, al otro lado de la ventana, ofreciendo la visión del mismo ritual nocturno, sólo que ahora siendo acompañada de una mucama que sólo se marchaba cuando ella

parecía dormir ya. Cada instante de contemplación aumentaba mi deseo pero, al mismo tiempo, me hacía pensar que quizá ella no era tan inocente, sobre todo al tener que recurrir a otras personas para no caer bajo mi influjo. Pues si ella pudiera detenerme, no necesitaría de ayuda o compañía alguna, ¿verdad? Pese a eso, la seguía queriendo y añorando cada que la veía caminar por el cuarto, dando vueltas inquietas sin sentido aparente, lanzando miradas huidizas hacia el exterior (¿hacia mí? Oh, cómo disfrutaba el imaginarlo), o cuando de pronto leía un pequeño libro con denotado interés (desde hacía varios días no la veía leer en su recámara otra cosa que no fuera ese librito; ¿un poemario? ¿una pequeña Biblia?). Incluso cuando la veía abrazar a su prometido, quien intentaba consolarla por sus repentinos miedos.

Aquello... aquello en verdad era una tortura.

No, ya no podía más, ¡tenía que abrazarla yo también! Besarla como ansiaba desde el comienzo...

“Vamos, dame una señal, invítame a estar a tu lado”, supliqué frente a la ventana, extendiendo mis brazos. Ella, que estaba recostada y dándome la espalda, escuchó claramente mi mensaje, como era de esperarse, y se dirigió a su propia ventana que enseguida abrió de par en par al igual que sus brazos, como dándole una bienvenida temprana a un nuevo día.

Era una clara invitación... y yo no iba a rechazarla.

Me movilité de inmediato y me despedí, con un vistazo, del rincón en el que había pasado horas para contemplarla, frente a la ventana. Corrí por la calle, trepé un par de paredes y, finalmente, me encontré a su lado.

Ella me esperaba en el lecho, aparentemente dormida e indiferente. Y sin embargo, había algo en su gesto tranquilo y relajado... una suerte de... ¿resignación?

Pude haberle dedicado unas palabras anunciando mi presencia, pero no era necesario. Ella sabía que estaba ahí, ese gesto lo había denunciado. Y yo sabía que, pese a mi paso trémulo, no podría resistirme a su encanto; no quería, de cualquier forma. Me dirigí a su cama sin detenerme y me incliné para abrazarla. Aspiré su esencia cálida al hundir mi rostro en su cuello, y saboreé su dulzura al “besarla” en la misma zona, justo como había soñado.

Ella tembló en mis brazos un instante y suspiró, no pudiendo contener más el aliento ante la impresión de tenerme tan cerca después de tanta espera. En ese momento estuve seguro por entero: ella finalmente me había permitido estar a su lado.

El beso fue más profundo de lo esperado, tanto para ella como para mí que no percibí el peligro acercándose, camuflado por el placer de ese encuentro. Algunos pasos sonaron por la casa sin que por ello me detuviese en el tan deseado “beso”, pero el canto —en apariencia inofensivo— de un gallo en las afueras, fue lo que me hizo reaccionar.

Ya era demasiado tarde cuando me separé de ella, y aunque su lánguida expresión no me lo indicó, pude ver de nuevo que ella no era tan inocente como pensaba. Ese gesto resignado, el hecho de que no levantara la voz en ningún momento, sus blancas manos aferrándose a mis ropas con un agarre tan tenue que, sin embargo, fue como acero para mi voluntad. Lo había planeado todo, usó su inherente seducción sin importarle las consecuencias, pues ella también se vio afectada. Y ahora me encuentro en esta habitación, sin escapatoria de la luz que me quema poco a poco... y ella agoniza suavemente entre las sábanas de lino salpicadas de perlas de sangre.

Podría llorar, quizá gritar de furia... pero no puedo más que mirar con perplejidad el título del libro que ella leía y que, sin duda, le otorgó el modo de deshacerse de mí en vista de que nadie más se ocupó de ayudarla: “La guía de los saberes oscuros”.

No me cupo la menor duda... siempre había sido ella, desde el instante en que percibió mi mirada a través de la ventana y la distancia tejió para mí esta red de muerte definitiva... ella, mi adorada, mi inocente...

No, no inocente... definitivamente su inocencia era apenas una máscara tras la cual se escondía mi perdición.

Lo has hecho bien, mi querida. He caído en tu trampa.

Melancolía negra



Había sido llamado desde hacía dos meses, pero no pudo llegar sino hasta ese momento. No le gustaba dejar de lado sus responsabilidades como doctor, pero tampoco le agradaba tener que ir a lugares alejados y prácticamente inhóspitos como ése para cumplirlas.

Eran tiempos de peste y el trabajo abundaba para los galenos tanto como para los sepultureros; los primeros pasaban sus pacientes a los últimos en la mayoría de los casos. Él mismo se sentía enfermo a esas alturas, y no estaba seguro de si soportaría ver a otra persona invadida por la plaga, más muerta que viva, de nuevo. Aquella sensación no era provocada por repulsión o miedo, sino porque su esfuerzo era desechado desde el principio, tirado a una gran fosa maloliente.

Aquel ambiente le hacía pensar en la desgracia que habían vivido otras gentes, siglos antes, con la misma enfermedad, pero con menos recursos para combatirla. Aunque en la actualidad, a principios del siglo XVII, tampoco podían jactarse de tener las mejores armas contra tal padecimiento. No era el mismo horror de antaño, según decían algunos, pero brotes repentinos como ése podían alterar a cualquiera. Y con los nervios tensos por toda la presión pasada, antes de partir a esa zona rural, el doctor no podía más que sólo esperar rostros afligidos y cansados, a los cuales se les sumaría el propio.

Al bajar del carronato lo que le dio la bienvenida fue el silencio, tan profundo como puede llegar a ser cuando se está en plena madrugada, si bien era media tarde. El

doctor no esperaba otra cosa de cualquier forma, sobre todo cuando la enfermedad parecía estar por doquier.

Permaneció de pie un largo rato, en el mismo sitio que pisara tras dejar su transporte que se había ido casi de inmediato. Echó un vistazo alrededor y notó a lo lejos, entre las ramas y troncos de algunos árboles, una casa que bien podría ser parte del pueblo, aunque al estar tan cerca del lindero no podría asegurarlo. Conforme iba acercándose, aquella casa se mostraba más vieja y desvencijada de lo que le pareciera en un principio. La empalizada, así como parte de las paredes, estaba incompleta; no necesitó ver más para darse cuenta de que el lugar se encontraba deshabitado. Y a pesar de no darle mucha importancia a ese detalle, su atención se centró por unos instantes en el estado de la verja rota.

—No se ve tan vieja como para caerse sola —murmuró.

Se acercó otro poco y, abriendo un tanto más sus ojos cansados, pudo percatarse que, en efecto, no estaba rota sino que había sido cortada muchas veces. Frunció el ceño en ademán pensativo, pero no se quedó a averiguar más.

—Pobre gente... —dijo, y tras acomodarse el sombrero y asegurarse de llevar su maleta en mano, continuó caminando a orillas del sendero que sabía lo llevaría directo al pueblo.

Su paso fue lento pero eso no impidió que llegara en cuestión de minutos a lo que él consideró su destino, al no ver más que una casa al lado del camino; sin embargo, aún no parecía estar del todo en el pueblo. Pensó en preguntar a algún lugareño si estaba en el sitio correcto, pero dos de las casas se habían mostrado desde un principio deshabitadas, y la que a todas luces tenía a alguien dentro —había escuchado algunos pasos en su interior—, antes de ir a tocar la puerta, permaneció después tan silenciosa como las demás.

Era claro que nadie acudiría a abrirle, lo cual, en cierta forma, le incitaba a querer darse la vuelta y volver tras sus pasos, pero ya que no era tan inescrupuloso como para hacer algo así, continuó su andar por el sendero. Al menos estaría tranquilo consigo mismo al haber cumplido su trabajo por lo menos en el aspecto moral.

Teniendo eso en mente, disfrutó un tanto más su caminata por el tramo rodeado del verdor del campo pero con cada vez menos árboles, conforme iba avanzando. Ya desde donde él se encontraba podía verse la verdadera entrada al pueblo; apenas una verja hecha de unos cuantos troncos delgados. Se encontraban, además, el resto de las casas a las que el doctor observó con más curiosidad que detenimiento al pasar frente a ellas.

Meneó la cabeza, afligido al suponer la causa de tanta soledad. Y según se adentraba más y más, la esencia de muerte que permanecía a pesar del viento que le refrescaba el rostro, se hacía más evidente. En sus propias tierras había sido testigo de algo parecido, por lo que no le extrañaba encontrar ese lugar en las condiciones que estaba ahora. Era prácticamente un pueblo fantasma, pero aun si fuera así, el doctor avanzó con la esperanza de encontrar al menos a una persona que le dijera: “Sí, doctor, la peste acabó con todo; ya no hay nada que hacer. Será mejor que regrese a casa”.

Rogaba por escuchar aquellas palabras, pero esa fantasía no podía estar más lejos al sólo acompañarle el fugaz silbido del viento y, aún más esporádicamente, el golpe seco de alguna puerta o ventana azotada por la misma naturaleza. En algún momento creyó haber visto un par de ojos mirarlo a través de una ventana cerrada, pero suponiendo que eso no significaría el contacto que esperaba con algún habitante, pasaba de largo para seguir contemplando los vestigios de una población condenada. A esas alturas parecía más un turista o viajero que un doctor, y quizá así fuera, pues su espíritu

altruista decayó todavía más cuando, cansado de caminar, se sentó a la orilla del pequeño pórtico de una de las casas.

Se quitó el sombrero y se abanicó con éste un par de veces.

—Definitivamente ya no hay nada que hacer aquí... —se dijo como si quisiera convencerse de ello. Buscó intensamente con la mirada algo que le indicara que en verdad su presencia ya no era requerida.

Al cabo de un rato de no recibir ninguna señal, suspiró y cerró los ojos, decidido a descansar antes de salir definitivamente de allí. Se dejó invadir por la paz obligada de la atmósfera rural que poco a poco fue llenando sus sentidos. Curiosamente, y pese a la aparente calma sepulcral que ahí reinaba, las voces del bosque fueron haciéndose más notorias para el doctor, y se convirtieron paulatinamente en una especie de martilleo que acompañaba al constante roce de las hojas agitadas por el viento. Abrió los ojos entonces, desconcertado por ese sonido, y tras colocar una palma tras su oreja, esperó volver a escuchar aquello. Permaneció quieto tan sólo unos segundos antes de que éste volviera a repetirse.

Se levantó enseguida y con renovadas energías, caminó en dirección de donde provenía aquel golpeteo que por lapsos escuchaba débil y amortiguado, y otras veces duro y estridente. Pensó que alcanzaría aquel sonido en cuestión de nada, pero pasado un tiempo cesó de nuevo. Lo invadió una profunda extrañeza; sin embargo, sabía que había escuchado algo, estaba seguro de ello.

Avanzó hasta llegar a una bifurcación del camino que bien pudo desalentarlo de nuevo al ver a un lado un letrero que marcaba el final del pueblo, pero acompañando a éste, estaba otro que, así como las vallas de algunas casas, había sido cortado, por lo que no se sabía a dónde llevaba. Optó por tomar el camino innominado, sin esperar nada en específico para no decepcionarse. No obstante, esta vez le sorprendió ver montones de

pedras, algunas con cierta forma geométrica, y leña desperdigados por el suelo, al poco tiempo de adentrarse por ese tramo. En un principio no tenía idea de a qué se debía todo ese desorden o qué terreno pisaba, hasta que se topó con un montón de fosas delante de él. Se asomó por una de ellas, encontrándola vacía, pero por el olor que aún despedía, y los restos de madera y sangre putrefacta que allí quedaban, descartó por completo la idea de que aquel agujero fuese hecho para enterrar a alguien. Al contrario, habían desenterrado al que antes ocupara ese espacio. Y no era sólo esa tumba, cada una de las que revisó había sido asaltada... recientemente, si agregaba los sonidos que lo llevaron allí. Uno de éstos volvió a escucharse de pronto, a metros de donde él se encontraba, sobresaltándolo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, mirando alrededor con inquietud; había escuchado aquello a la perfección, otra vez el sonido amortiguado, pero no vio a nadie. Tampoco le ayudaba la luz que comenzaba a menguar en esa zona, tanto por las sombras de los árboles, como por la tarde que ya caía.

El sonido volvió a repetirse, esta vez acompañado por un leve quejido de cansancio. El doctor corrió enseguida hacia la fuente de éste, apenas evitando caer en una de las fosas, llevado por su prisa. Pero las manos que evitaron aquello no fueron las suyas. Jadeó en respuesta, aunque la reacción no fue sólo por su torpeza y verse sorprendentemente ayudado por unas manos ajenas provenientes de la tumba, sino porque, al fondo de ésta, yacía un cadáver descuartizado y con un trozo de madera clavado dentro de su boca.

Se echó hacia atrás de inmediato y cayó al suelo.

El hombre que lo sostuvo antes comenzó a salir del foso, lo que le provocó alarma al imaginar, por un momento, que se asomaría “algo” que contradecía todos sus saberes científicos... al menos hasta que notó la dificultad para moverse del otro.

—¿Podría ayudarme, por favor? —La voz que sonó era rasposa pero suave, cansada.

Se desconcertó un poco por aquel pedimento, pero al cabo y no sin cierto resquemor, se acercó para ayudarlo y verlo mejor.

—S-sí, disculpe... —Extendió una mano que el otro tomó enseguida.

Se sorprendió entonces al notar su palidez y flaqueza que lo hacían ver sumamente debilitado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó; su semblante alarmado cambió por uno de preocupación profesional pese a lo que vio antes y a la sangre que había en las manos de ese hombre.

Éste suspiró, y tras sentarse en la orilla de la tumba abierta, respondió:

—Aún sigo vivo... —miró sus manos y luego al cadáver cortado, abajo—. Y aunque no será por mucho, al menos ya no habrá más víctimas en este pueblo —agregó, achicando los ojos en un gesto ambiguo de dolor e ira.

El doctor, que aún sujetaba su mano hasta ese momento, lo soltó, y con gesto serio le dijo:

—Soy el doctor que llamaron hace tiempo para venir a atenderlos. Sé que ya es tarde, pero si todavía hay algo que pueda hacer...

El viejo lo miró y levantó su palma al tiempo que meneaba la cabeza.

—No es necesario —le dijo—. Y no habría podido hacer nada, incluso llegando a tiempo. También se hubiera convertido en una víctima... —Se encogió de pronto y comenzó a toser. El doctor se cubrió enseguida la boca y nariz con un pañuelo que sacó de uno de los bolsillos interiores de su saco.

Observó al hombre frente a sí, mucho mayor que él, quizá de setenta años, y con el que estaba de acuerdo en cierta forma al saberse inútil contra una enfermedad como

la que había devastado esa región y muchas otras. Así que se olvidó de contradecirlo, aunque con eso dejara a un lado su orgullo médico, pero no por ello olvidaba el cadáver que tenían a unos metros de distancia.

El viejo notó su interés en los restos y le sonrió, o tal vez sólo hiciera una mueca.

—No se preocupe, ya no le hará daño a usted ni a nadie más. Ya me encargué de eso.

El doctor frunció el ceño.

—¿Por qué estaba cortándolo? —preguntó— ¿Y por qué todas las tumbas están abiertas y vacías?

—Nos deshacemos de la plaga —contestó otro hombre que venía a unos metros a sus espaldas, casi de la misma edad que él, según pudo calcular al volverse hacia éste—, ¿qué no es obvio?

—Pero no es necesario que los descuarticen, de hecho es peligroso. Además, si van a deshacerse de los cuerpos, ¿para qué enterrarlos antes?

El recién llegado miró al viejo antes de dirigir un gesto burlón al médico.

— ¿Crees que los habríamos sepultado de saber que volverían para causarnos esta desgracia?

—Sabemos que es peligroso —intervino el viejo— pero no teníamos otra alternativa. Es la única manera de acabar con ellos y con la muerte que esparcieron en la aldea. Lamentablemente, llegaron muy lejos. Pero para asegurar que esto no se vuelva a repetir, desenterramos a todos nuestros muertos, fueran portadores de la melancolía negra o no, y clavamos estacas en sus fauces malditas. Así ya no chuparán la vida de alguien más.

—¿A qué se refiere con eso? —replicó el doctor pese a que intuía de lo que hablaban—. La peste es lo que causó todas estas muertes, no unos pobres cadáveres pútridos bajo tierra.

El viejo negó y suspiró. El otro hombre habló de nuevo.

—Peste o no, sin duda no habrías podido hacer nada. Supongo que estábamos condenados —comentó con ira contenida—, pero si no quieres compartir nuestra suerte, mejor regresa por donde viniste. No necesitamos ningún doctor.

Él, aunque hubiese querido escuchar antes algo parecido, esta vez se mostró reacio a partir, sobre todo después de ver a aquel hombre desgastado y enfermo.

—No se preocupe por mí —agregó éste, notando su congoja—, sigo vivo pero ya estoy muerto. Y si no quiere quedarse para siempre en este lugar maldito por Dios, hágale caso a mi hijo y márchese. No sé cuánto más podré resistir...

El doctor le devolvió un gesto turbado e interrogante, pero sabiendo lo difícil que era el intentar cambiar aquellas creencias supersticiosas, asintió a su petición.

Se puso de pie y tomó su maletín.

—Aunque no tiene que preocuparse por la hora, será mejor que no esté aquí cuando sea de noche —le dijo el hombre más joven, ya más tranquilo—. El único posible peligro cercano es mi padre, pero yo me haré cargo de él.

—Váyase —agregó el viejo quien se veía cada vez más cansado. Ni siquiera levantó la vista que dirigía por inercia hacia la fosa donde antes estuviera trabajando—. Nosotros estaremos bien...

El doctor, resignado y un tanto desconcertado, suspiró y se acomodó el sombrero.

—Está bien. De cualquier forma, supongo que ya cumplí con mi trabajo.

Dio un último vistazo a los otros dos, quienes regresaron a su actividad anterior, indiferentes a su presencia. Se alejó entonces, y mientras reconocía entre las rocas desperdigadas algún trozo de epitafio, pensó de nuevo en la suerte de aquella pobre gente.

Por otro lado, en la fosa, el hijo del viejo sacaba los pedazos del cuerpo que antes éste cortara.

—Terminando con éste, podremos descansar al fin —dijo contento.

—No hasta que te asegures de que ya no me levante de nuevo —aseguró su padre, quien rozó indolente parte de su cuello y hombro con una mano.

—¿Todavía te duele?

El viejo negó.

—No desde que clavé la estaca en la boca de este último.

—Entonces puede que te cures, y las llamas sólo se comerán al *brucolaco*¹.

—Uno nunca sabe, hijo. Así que ten lista una estaca y el hacha bien cerca de ti cuando me llegue la hora. A menos que quieras pasar lo mismo que yo.

El más joven volvió a mostrarse parco por esa respuesta, pero nada dijo. Tan sólo dirigió un vistazo al cementerio, por si el doctor seguía cerca, pero éste ya se encontraba en el sendero que iba hacia el pueblo.

Éste se detuvo de nuevo junto al letrero cortado y lo miró como si fuera algo extraño. Negó ligeramente al cabo y resopló.

—Sólo un milagro podría curarlos... —se dijo.

¹ En el folklore griego, es la denominación que se le da a un vampiro originado por muerte prematura o violenta, suicidio, una plaga o peste, y por no haberse realizado adecuadamente los rituales funerarios.

Siguió su camino con calma entonces, pese a que pensaba que sólo se sentiría de mejor humor cuando otro carronato pasara por él y lo alejara de ese sitio que en verdad parecía haber sido maldito por una enfermedad peor que la peste.

Cazador



El bullicio y el alcohol no eran lo suyo, pero le agradaba ese bar que se llenaba de rostros y alegres voces anónimas, de calor humano que le hacía sentirse “en casa” pese a que no tenía un hogar al que regresar en cada fin de jornada... si es que podía llamarlo así, al ser sus trabajos tan erráticos en tiempo como en frecuencia. A veces llegaba a lugares en los cuales sólo escuchaba rumores sobre desapariciones o muertes inexplicables, y bastaba con una ligera investigación para saber si realmente había peligro y así tranquilizar a los aldeanos. En otras ocasiones, por el contrario, podía percibir con claridad la presencia de algún depredador nocturno desde la distancia suficiente para preparar sus armas y estar alerta. Los años le habían dado experiencia, pero sus sentidos de humano no eran suficientes para esa tarea, y por eso es que nunca se quitaba su amuleto (hecho por un alquimista) que le servía de radar infalible.

Cada que terminaba uno de aquellos trabajos, regresaba, ya fuera indemne o herido, aunque nunca de gravedad. A nadie en el bar le extrañaba verlo en ese último estado, si es que les importaba en verdad posar su atención en otra cosa que no fueran sus propios asuntos. Pero en silencio o en medio de sus constantes charlas y disputas, lo respetaban por ser un cazador de vampiros. A él no le importaba si despertaba admiración o no, sólo le alegraba el hecho de poder volver con vida y disfrutar de ese ambiente cálido, aunque estuviera viciado de olor a licor y sudor de los otros visitantes.

“Quizá sería más agradable ir a un burdel”, pensó mientras veía de reojo a los fortachones que frecuentaban el local y estallaban en risotadas repentinas en medio de

su juego de naipes o dardos. Pero prefería no ir a un sitio voluptuoso como un prostíbulo, solo para terminar evocando, con las caricias y besos de las mujeres, el roce hipnótico y fatal de aquellos seres que solía cazar.

Agitó la cabeza en frustración, buscando deshacerse de esa visión extraña que había comenzado a perturbarlo desde hacía un tiempo.

—Bien dicen que a cierta edad se comienza a pensar en tonterías... —murmuró para sí antes de beber de un solo trago su vaso de licor—. Otro igual; y póngale un par más de hielos —pidió a la mujer que atendía la barra. Y mientras la segunda ronda llegaba, se giró en su taburete para distraerse, como de costumbre, con lo que estuviese ocurriendo en las demás mesas; estuvo de suerte, ya que en ese momento comenzaba un coro de exclamaciones airadas no muy lejos de su posición.

—¡Hey, cuidado con esa mano! —replicó un tipo que podría ser más joven que él pero que aparentaba más edad por su barba y cabello desprolijo—. Estaré medio borracho, pero no soy ni la mitad de un idiota.

—Perdón, perdón... —se disculpó el que estaba sentado frente al borracho, levantando las manos para enfatizar su poco honesta disculpa—, sólo tenía un poco de comezón.

—Ja, ja... y yo soy sacerdote —azotó su tarro vacío sobre la mesa—. ¡Si vuelvo a ver que intentas sacar una carta de tu manga, tendrás un agujero de regalo entre tus horrendas cejas!

El cazador miró entre las pobladas cejas del tramposo, imaginándose sin dificultad lo que el otro amenazara, pero antes de ver si aquello se cumplía o no, la mujer que atendía en la barra llamó su atención al colocar su segunda bebida a su frente y hablándole.

—Estos tipos nunca se cansan de pelear. Afortunadamente, su dinero lo gastan más en alcohol que en balas.

—Por algo le va tan bien a este negocio, ¿no? ¡Brindemos por eso! —respondió otro de los clientes, sentado a unos lugares de distancia del cazador que asintió y levantó su vaso como gesto de camaradería—. ¡Salud!

—¡Salud! —Se unió otro al brindis, chocando su tarro con la botella y el vaso de los otros dos. Bebió su cerveza de un único y largo trago y se puso a reír enseguida.

El cazador también se unió a las risas, sintiéndose bien por compartir un momento tan sencillo con otros a pesar de que fueran unos desconocidos. Pero la repentina alegría no le duró mucho, aunque prefirió ocultar su cambio de humor levantándose para ir hacia los baños. Quizá no fuera lo más elegante, pero no quería alarmar a nadie si bien sería mejor para él advertir a los demás sobre el posible peligro que se acercaba. Pero aun si los aldeanos no se asustaban y querían ayudarlo, el posible resultado sería el aumento de víctimas. Era mejor evitar aquello y que los caídos se redujeran a uno, aun si ése tenía que ser él.

—Vaya momento se le ocurrió para aparecerse —murmuró al tiempo que se asomaba, tras una esquina, para no perder de vista al visitante que percibía ya muy cerca.

Le parecía extraño que no se hubiese percatado antes de su proximidad, pero su talismán comenzó a emitir calor tan brusca y repentinamente como si lo hubieran encendido con un interruptor en vez de aumentar su temperatura paulatinamente como solía hacer. Lo peor de todo era que no llevaba más que un revólver común al estar en un territorio donde no solían aparecerse vampiros.

“Si me muero, lo tendré bien merecido por confiado...”, pensó a la par que sujetaba la empuñadura de su arma. Retuvo por un momento la respiración ante la

ansiedad de casi poder visualizar al depredador caminando en la acera, justo frente a la ruidosa taberna. Tendría suerte si éste pasaba de largo, pero al parecer no tenía tanta pues la portezuela del bar se abrió enseguida, dándole la bienvenida como a cualquier cliente. Comenzó entonces a desenfundar su revólver a un ritmo tan pausado como el de su propia respiración, para de pronto detenerse de nuevo al ver cruzar la entrada a una figura relativamente inesperada: apenas un joven de aspecto desaliñado, sobre todo por tener las ropas desgastadas. Eso no fue lo único que llamó su atención, sino el hecho de que ese muchacho (del que sabía que no era humano) se mostrara sumamente aturdido por entrar a un sitio lleno de gente. O al menos esa impresión le dio al notar cómo pasaba la mirada huidiza y como temerosa de un punto a otro apenas entrara. Tal parecía que él fuera la presa y no el depredador. De hecho, lucía tan inofensivo (por su juventud, su expresión asustada y sus hermosos ojos verdes) que sólo unos pocos, aparte de él mismo, le dedicaron una mirada, la esperada para todo individuo que llega a un sitio que no frecuenta.

Esa visión le extrañó, si bien había leído en memorias de otros cazadores que solía haber una “clase” de vampiros que no eran como los habituales, que tenían un comportamiento más humano y con los que se podía convivir sin peligro, incluso. Él se había mostrado escéptico al haberse topado siempre con los que no se podía siquiera cruzar en su camino a riesgo de perder la vida, pero ahora que veía a ese “joven” que seguramente era más viejo que cualquiera en esa taberna, comenzó a meditar sobre la posibilidad de que no sólo había negro en el mundo de los inmortales.

—Muy bien... te daré el beneficio de la duda... —musitó mientras enfundaba su revólver, mas se encargó de tenerlo a la mano todo el tiempo.

Regresó con relativa tranquilidad a la barra, y girando con sutileza su asiento en dirección a la entrada, continuó observando al vampiro que se había recargado ahora en

una pared cercana a la puerta, presa de un malestar que el cazador no podía entender como testigo ajeno que era. Por un momento pensó que aquel ser estaba tan fuera de lugar respecto a su naturaleza como él lo estaba en ese bar al ser un solitario. Cada uno de los gestos que notaba en éste era extraño; le hacían pensar en un inadaptado o en un enfermo. Pero los vampiros no podían enfermarse... y sin embargo, éste parecía estarlo. Y dada la impresión que daba, una de las meseras decidió acercársele; el cazador se puso alerta de inmediato, temiendo un ataque, pero el recién llegado no hizo sino darse la vuelta y salir apresuradamente por donde había venido, sin darle oportunidad a la mujer de siquiera dirigirle la palabra. Sin duda esa actitud extrañaría a la mesera, pero quizá no tanto como a él, al ser la primera vez que observaba algo parecido.

Al mismo tiempo que bebía de su vaso de ron, grababa en su mente el aspecto de aquel individuo (como solía hacer siempre debido a su trabajo) y continuó mirando por un rato la puerta que se balanceaba cada vez más lento, hasta ya no dar indicios de que alguien hubiese pasado. El medallón en su cuello había dejado de dar “señales”, pero aun cuando esa visita inesperada le hacía pensar más en una alucinación que en un hecho, éste le trajo de nuevo el recuerdo de ese “saber” transmitido entre los de su oficio y del que más se había burlado a pesar de producirle curiosidad. Pues le parecía lógico que las víctimas no opusieran resistencia a un ataque vampírico al saberse inútil su esfuerzo... pero que su “entrega” a las garras de la muerte fuera provocada por placer le parecía un concepto ridículo por más veces que hubiese leído esa afirmación en los informes recabados de sobrevivientes de la experiencia. Sin embargo y ahora que había sido testigo de la aparición de uno de los inmortales atípicos, la posibilidad de que lo otro fuera cierto aumentaba considerablemente.

¿La mordida de un vampiro era fuente de placer? ¿Víctimas indefensas, cayendo en éxtasis mientras eran envueltos en un abrazo helado? La idea era descabellada, y no

obstante había leído tantos comentarios, había escuchado tantas anécdotas... ¿cómo no sentirse, cuando menos, ligeramente curioso al respecto?

“Si pudiera hacer una prueba”, caviló seriamente. Pero también notando lo estúpida (peor aún, lo potencialmente suicida) que era esa idea que ahora lo rondaba con más ahínco, negó para sí, resoplando.

—Definitivamente la edad me está afectando —se dijo. Giró su taburete para reacomodarse frente a la barra y pidió otro trago. Pero contrario a sus deseos, lo que le sirvieron fue un café.

—Usted no está viejo, sólo un poco cansado, tal vez —comentó la que le sirviera la taza que el cazador miró como si fuera algo raro, pero que al cabo aceptó con una sonrisa.

—Cuatro décadas no son poco tiempo... —le respondió al cabo, sonriendo de una manera astuta—. Pero supongo que aún me conservo en forma.

La mesera correspondió la sonrisa, casi parecía un ritual de camaradería entre viejos conocidos. El cazador bebió su café y poco después salió a dar una caminata por los alrededores, buscando indicios de algún vagabundo sospechoso.



Durante varios días y noches, nadie inusual pasó por el bar o el pueblo. Sólo rostros conocidos se paseaban en medio de los alrededores que poco habían cambiado con el tiempo.

Jamás llegó a pensar que la cotidianeidad y la rutina llegarían a desesperarlo. Ver siempre las mismas caras cuando en verdad, instintivamente, estaba buscando... deseando hallar...

¿Ha visto a un mendigo de ojos verdes y piel pálida? Había sido la pregunta recurrente que el cazador hiciera durante esos días, pero nadie sabía nada. Era como si

lo que hubiese visto en aquella lejana ocasión en el bar hubiese sido apenas un fantasma de su propia fantasía. De alguna manera podría considerarlo uno al ser él el único que reparó en su presencia... se engañaba a sí mismo, sin embargo; la camarera también lo había visto. Muchas cabezas se giraron en el segundo en que empujó la puerta de vaivén de la taberna... o acaso ¿sólo había alucinado con esos ojos verdes? Tras días de investigación infructuosa, era probable que ese sujeto se terminara convirtiendo en algo igual de etéreo que un fantasma, sólo un recuerdo. Quizá sería lo mejor, pues la razón del porqué lo buscaba le seguía pareciendo una locura. Aunque para justificarse a sí mismo se repetía que lo hacía por el bien de esa comunidad a la que podría llamar hogar. Que sólo estaba trabajando y no buscaba algo tan personal como satisfacer... su curiosidad. Pero pronto, y ya que el “trabajo” parecía haber terminado y, sobre todo, porque prácticamente nadie le pagaba por sus servicios, perdió el interés y volvió a refugiarse en el mismo bar, como despedida antes de su siguiente viaje. Tenía deseos de iniciar una nueva aventura, y aunque ésta pareció llegar a él junto con el vagabundo de la otra noche, lo que le produjo fue más frustración que adrenalina.

“La próxima vez quizá tenga más posibilidades... si es que hay una próxima...”, pensó tras llenarse la boca con el sabor del licor. Pasó los dedos por la orilla de su vaso y rió, burlándose de sí mismo. Era más que seguro que no tendría otra oportunidad; ese lugar era demasiado seguro y tranquilo.

Retornando a su expresión seria, se pasó una mano por la nuca y la garganta, sopesando y, de algún modo, desechando de su mente cualquier pensamiento extraño relacionado con los bebedores de sangre y su sensualidad letal, pues, al final, aquello era una tontería y no valía la pena pensar más en el asunto. Iba a pedir la cuenta entonces, cuando sintió un fuerte estremecimiento que nació del amuleto en su pecho y se esparció por todo su cuerpo. Por un instante y dada la potencia de la sensación, cruzó

por su mente la idea de ser observado. Por eso es que se giró con cautela y miró alrededor. No notó nada o a nadie extraño... o al menos no en el primer vistazo. Pues cuando sus ojos se posaron por el mismo camino que antes recorriera, enseguida notó a un hombre que hacía un instante no estaba ahí, sentado frente a una mesa apartada. Éste recién se había quitado el sombrero y le devolvía no sólo una sutil sonrisa juvenil, sino también una mirada que delataba con descarado que lo observaba.

El cazador giró levemente el rostro, en un intento de disimular que lo había visto, aunque no podía evitar el contacto visual del todo al continuar mirándolo de reojo, como si aquella presencia fuese un imán para su atención. Realmente había abandonado la esperanza de verlo de nuevo, pero ahora que tenía sobre sí a esos ojos verdes, su resignación se convirtió en sorpresa. Una que no sabía si terminaría bien, pues a diferencia de su “encuentro” anterior, aquel joven pálido se mostraba elegantemente vestido y, sobre todo, lleno de seguridad. Ese último detalle hacía que su propia confianza mermara. Pero recordando sus recientes pensamientos, recuperó su talante de cazador y le devolvió al otro la mirada de una forma más directa mientras se repetía mentalmente: quizá no haya una próxima vez.

¿Qué haría ahora?, meditaba, ¿en verdad sería tan fácil abordarlo como había supuesto antes? ¿O tan sólo le pareció fácil en ese entonces debido a que consideraba imposible volver a encontrarlo? Seguramente había sido eso, pues ahora que se daba cuenta que para ese ser no era alguien anónimo, se vio extrañamente cohibido... para enseguida sentirse tenso ante la nueva sonrisa que le era dirigida. Y no sólo eso, pues ese hombre joven, ese depredador que ahora parecía casi un aristócrata, le indicó que se acercara con un gesto de su mano. Instintivamente posó una mano sobre uno de los costados de su cadera, cubierta por su largo saco, y repasó con los dedos la figura del arma que allí tenía y que esta vez venía preparada con balas especiales. Pero de

cualquier forma se levantó de su lugar y avanzó hacia la mesa que tenía un asiento libre frente al que lo llamara y continuara sonriéndole.

Con otro gesto cordial le invitó a que se sentara.

—No tiene por qué estar tenso, mi intención no es lastimarlo —habló finalmente; un tono bajo, agradable, amistoso, la clase de voz que nadie puede dejar de escuchar con placer—. Además, estaba buscándome, ¿no es así? Por lo que quizá sea yo quien deba temer por mi vida. —Echó un vistazo al costado que él aún sujetara y agregó directo a su mente:

“... Cazador...”

Éste frunció el ceño no sólo por la intromisión mental que le causó un violento escalofrío, sino porque era claro que ese sujeto de aspecto inofensivo sabía a lo que se dedicaba... al igual que él sabía lo que el otro era. Pero ya que por ahora no tenía la intención de pelear (sobre todo porque el otro en verdad no se mostraba hostil), denotó su intención de ser pacífico al posar ambas manos sobre la mesa.

—Bien... al parecer no hay misterio entre nosotros —comentó el cazador—, aunque debo decir que el que me invitaras a acompañarte me desconcierta —admitió, por no decir que lo puso nervioso. Aunque para no pensar mucho en ello, se concentró en ver el cabello largo y castaño de su interlocutor, quien rio suavemente.

—¿En serio? Si es así, me parece que sufre un poco de amnesia. Pues, si no me equivoco, usted pensaba invitarme un trago —sonrió de nuevo, esta vez mostrando sin disimulo su blanca y filosa dentadura.

El cazador palideció por un instante mientras la visión de aquellos colmillos permanecía, para luego recuperar el color al evocar el verdadero significado de esas palabras y sentirse avergonzado por ello. ¿Acaso tan obvia era su curiosidad?, ¿tan evidente su deseo?

—Supongo debí llamar bastante la atención al entrar a este lugar como lo hice aquella noche —continuó el muchacho pálido, dándole al cazador una oportunidad para recomponerse—, pero nunca imaginé que podría atraer el interés de un potencial enemigo, sobre todo de una forma tan particular. —Él mismo parecía sorprendido por aquello, aunque lo denotaba de una manera muy sutil al ser mínimos sus gestos—. Debo admitir que me parece algo insólito, siendo que es alguien que se dedica a matarnos. Pero si en verdad lo quiere, no veo por qué deba negarme a su deseo; sobre todo cuando me ha agradado... —su voz había bajado hasta volverse casi íntima; llevó una mano a rozar las del otro quien, contrariamente a su suposición, no rechazó la caricia si bien le provocó con el contacto una creciente agitación, mezcla de temor y deseo, tal cual le había dicho—. Bien podría aceptar aquí mismo lo que es para mí un amable ofrecimiento, pero supongo que sería mejor tener un poco más de privacidad.

Sin esperar respuesta, se puso de pie y tomó su sombrero. Ya no le dijo nada al cazador, ni siquiera se cercioró de si lo seguía o no, seguro de que así sería. No se equivocaba, pues no pasó mucho para que su nuevo “amigo” lo siguiera afuera del bar.

El cazador comenzó a sentirse mareado por el ansia, e internamente se repetía que debía estar loco por hacer algo tan peligroso; aquél individuo de apariencia juvenil era un vampiro, ¡un potencial asesino a sangre fría! Pero quería comprobar por sí mismo lo que hasta ese momento sólo habían sido escritos sin sentido... quería *sentir*. Llevado por ese impulso, desoyendo su propia conciencia y buen juicio, continuó caminando tras el que lo guiaba por calles poco concurridas, hasta que se detuvo en medio de un oscuro callejón. No despegó sus ojos de la espalda ajena, esperando que se diera la vuelta en cualquier momento, pero en su lugar lo vio fundirse entre las sombras más profundas frente a él, por lo que quiso avanzar para alcanzarlo pero ya no pudo moverse al ser repentinamente sujetado, desde la espalda, por el pecho y el cuello.

“Atrapado”, le ladró su instinto. Una víctima más, a menos que empezara a pelear, a menos que...

Se contuvo, tenso hasta el último nervio.

—¿Todavía lo quieres? —susurró en su oreja la inconfundible voz del “joven” vampiro, antes de repasar el lóbulo con sus labios en una caricia suave y decididamente maliciosa.

Él apenas podía hablar por la fuerza de las palpitaciones que había en su pecho y garganta, apresados bajo las manos de su captor que le hizo sentir humillado apenas con ese roce en su piel. Resopló entre dientes, y mirando hacia la aparente oscuridad infinita que se alzaba sobre su cabeza, murmuró entre resuellos:

—Vas a matarme, ¿cierto? Pues si sobrevivo... es posible que te cace...

Aquello no lo dijo con mucha convicción, tal vez por resignación o porque poco le importaba lo que fuera a pasar. Lo que recibió como respuesta fue una dulce y melodiosa risa, preámbulo de un agudo dolor en su cuello.

“Dios...”

Su mente quedó en blanco. De su garganta brotó un gemido que se ahogó entre el cada vez más fuerte golpeteo de su corazón. Un ritmo de tambor que retumbaba en sus arterias y ensordecía su noche, a la vez que marcaba la velocidad a la que sentía su cuerpo caer en una marea roja de inesperado placer e incertidumbre a la que con gusto dejaría que lo arrastrara hasta el fondo.

¿Eso era la Muerte... O era el Éxtasis?

Pero en ese momento los mismos brazos que lo apresaban eran los hilos que lo mantenían a flote... o al menos hasta que lo soltaron con suavidad en la relativa seguridad del frío piso de piedra; no tenía la más mínima idea del tiempo que había durado aquél ritual, parecieron segundos o siglos, no le importaba en todo caso. Su

cuerpo estaba débil, pero sería hipócrita quejarse de la dulce languidez en la que yacía. Siempre había querido saber lo que las víctimas en verdad sentían al recibir el beso de la muerte. Había escuchado rumores, leído anotaciones de otros cazadores de los que no tendría que haber dudado, pero tenía que probarlo por sí mismo, ya que no podía considerar más que absurdo que el entregar parte de tu vida pudiera ser tan placentero.

“Pero lo era... maldición, lo era...”

Por un instante dejó que su entorno se apagara por completo en la oscuridad atemporal, tras lo cual abrió los ojos con pesadez, buscando algo más que sombras. Para su sorpresa, lo que encontró en vez de la soledad fue al hermoso joven de resplandecientes ojos verdes y cabello castaño hasta los hombros, arrodillado a su lado; ¿había aguardado a verlo despertar, acaso...?

—Me gustaría que intentaras cazarme —le dijo éste antes de ponerse de pie y dejarle su sombrero en el regazo—. Sería divertido verte de nuevo... —Se marchó entonces con calma, su silueta desvaneciéndose entre la bruma.

El cazador, a falta de palabras, le devolvió una trémula sonrisa de satisfacción, y levantó la cabeza para perder la vista en el vacío infinito sobre sí, su cuerpo marcado por mil enfrentamientos aún estremecido por el sencillo toque de un “beso”.

Por una gota



Un repentino vahído lo despertó. Inmediatamente quiso tocar sus ojos, pero sus manos se mantuvieron inmóviles, al igual que el resto de su cuerpo. Sólo su cuello estaba sin las ataduras de gruesas cadenas que, en otra circunstancia, pudo haber roto con facilidad.

Estaba muy débil. Y su mente, aturdida por el hambre y el desconcierto, apenas podía darle una idea de dónde estaba y el cómo había terminado en ese estado. Apenas pudo moverse un poco para revisar el interior de la mazmorra en la que se encontraba, antes de escuchar una voz que llenó por completo aquel espacio, a través de unas bocinas.

—Al fin despiertas. Creí que habías muerto; después de tantos días de verte inmóvil, cualquiera lo habría creído.

—¿Quién...?

—¿Soy? —pronunció la voz en tono risueño—. Eso no tiene importancia, aunque quizá para ti sí, ya que preguntas. Pero basta con que sepas que soy quien te capturó.

El tintineo del metal dentro de la mazmorra se hizo escuchar, apenas reflejando la furia del que estaba a su merced.

—Oh, todavía tienes fuerza, ¿eh? Pero está claro que no es suficiente para que puedas escapar.

—¿¡Qué demonios quieres de mí!? ¡Maldito cobarde!

—¡Ah, me ofendes! Después de todo, me arriesgué mucho para poder acercarme a ti. Y lo que quiero es lo mismo que tú quieres de nosotros: sangre.

El prisionero apretó la mandíbula y gruñó. Sentía cómo la rabia se apoderaba de él, pero eso no era suficiente para liberarse, sobre todo cuando podía constatar en la visión de su propio cuerpo, marchito y casi hasta los huesos, lo que aquella voz le decía.

—No creo que puedas tener más, al menos no de mí.

—Eso pensé también después de que tomara lo que pude. Como dije, creí que habías muerto, pero ahora que has despertado, quizá pueda tomar un poco más de tu cuerpo después de que te hayas recuperado un poco.

—Inténtalo si puedes, cretino —mostró sus dientes en un gesto feroz—. Pues si me recupero, ni creas que me quedaré quieto la próxima vez que te me acerques.

—Dirigió su mirada hacia una zona de la mazmorra en la que sentía estaba el que le hablaba, un pequeño rectángulo cerca del techo que parecía un espejo.

Hubo un ligero silencio antes de que la voz sonara de nuevo, un tanto más seria.

—Puede ser, pero por si no te has dado cuenta, ya he tomado las debidas precauciones. Esas cadenas que te rodean son una muestra de ello.

—No tomarás ni una gota más de mi sangre. Lo juro por la cabeza de mis compañeros...

El silencio volvió a ese cuarto, aunque instantes después el sonido de un interruptor indicó que el hombre que le habló seguía cerca. Cuánto daría el prisionero por tenerlo frente a sí, no sólo para verle el rostro, sino para hacerle pagar su osadía.

Cuando finalmente se quedó solo y su furia disminuyó, intentó recordar los días anteriores en los que aún estaba por las calles. Quizá había estado muy confiado, pues en aquella ciudad no había más depredadores que él y su grupo. Estaba seguro de que

nadie los había acechado, ni siquiera a él cuando estuvo solo, ya que no había percibido ninguna amenaza cerca tampoco.

¿Dónde?, pensaba para sí, intentando poner un orden a los recuerdos que le llegaban en trozos al seguir ligeramente desorientado.

Por momentos sentía que el sueño se adueñaba nuevamente de él, pero su mente seguía trabajando en las imágenes de la última noche que recordaba, de su última víctima. Se vio a sí mismo en una calle iluminada que solía recorrer con frecuencia, frente a un café. Un hombre delgado de mediana edad lo vio a través del vidrio del local, pero fue algo a lo que no le dio importancia, así como al hecho de haber visto a ese mismo hombre horas después, en la calle. Éste se tambaleaba como un borracho, y apenas las paredes le ayudaban para sostenerse en pie.

—Una presa fácil —se dijo antes de acercársele con calma y abrazarlo por la espalda, ignorando el extraño aroma que percibió en su cuerpo segundos antes de morderlo.

Frunció el ceño. Ese había sido su error, uno más de los que había tenido a su corta edad, pero que en verdad le había salido caro. Ese olor fue algo más que alcohol en las venas de ese sujeto; de hecho, no tenía idea de lo que era, pues incluso el veneno no podía hacerles daño, pero aquello le afectó tanto a su propio cuerpo que se convirtió en el perfecto conejillo de indias de un lunático.

Sus compañeros seguramente se decepcionarían si supieran que fue capturado por un simple humano; él, el líder a pesar de no tener ni doscientos años. No tenía idea de para qué querría su sangre ese infeliz, o por cuánto tiempo había estado inconsciente, dejándose secar de esa manera. Pero ya nada de eso importaba, salvo el que estuviera vivo... eso era lo que más lamentaba.



La siguiente vez que despertó fue por causa de la sed. Su olfato percibió la esencia de la vida posarse frente a él antes de que pudiera vislumbrarla con sus propios ojos, ligeramente salidos de sus cuencas. Le era ofrendada una persona, amarrada como él mismo en una superficie metálica. Sólo tenía que estirar el cuello para alcanzar con su boca el alimento ofrecido pero, en cambio, permaneció inmóvil.

Si alguien iba a torturarlo, sería él mismo.

—Llévatelo... —fue lo único que dijo a su captor anónimo después de un rato; su cuerpo estaba tenso pero por ahora estaba seguro que podría resistirlo.

Cerró sus ojos de nuevo, dejándose invadir por su propia oscuridad que era mucho más confortable que la que lo rodeaba en aquella habitación donde el tiempo no parecía correr. Sin embargo, su propio organismo se encargaba de despertarlo cada cierto tiempo, cada noche, exigiendo su dosis diaria de vida. Y cada vez que abría los ojos, volvía a ver a la misma persona de antes, maniatada y llena de terror, o a otra que ocupaba ese mismo lugar. Aquello era un suplicio y no sabía cuánto podría resistir. El dolor en su cuerpo drenado era cada vez mayor, al grado que cada que veía a un humano, gimoteaba o temblaba incontrolablemente al intentar ignorar su ansia de sangre. En algún momento creyó que el sufrimiento era tanto que ya no podría moverse más y finalmente moriría. Fue un pensamiento que le dio calma, al menos hasta que una noche reaccionó por instinto y lanzó sus fauces sobre el cuerpo tibio de enfrente que le devolvió una repentina y cálida humedad en sus labios resecos. Suspiró pausadamente, invadido por la agradable sensación, pero enseguida abrió los ojos y gritó lleno de furia.

Gritó una y otra vez como si la visión del humano al que había desgarrado la garganta le provocara terror. Incluso intentó alejarse del cadáver frente a sí,

empujándose contra la placa metálica a sus espaldas, pero únicamente logró abollarla con la dureza de su cráneo y huesos.

Los espejos de su cárcel estallaron y el hombre tras uno de ellos salió corriendo despavorido mientras se cubría los oídos. Sólo volvió cuando finalmente hubo silencio en el lugar. Entró con sigilo al sitio donde tenía a su prisionero para llevarse a la víctima que terminó de desangrarse por sí sola y que parecía tener mejor aspecto que el otro que aún conservaba los restos de sangre sobre el rostro (denotando que ni siquiera había querido tomar eso), así como la boca abierta, petrificada en un alarido eterno. Sus ojos clavados en el techo, tampoco se movieron mientras el hombre hacía su trabajo de limpieza, aunque, todavía asustado por lo que pasó, éste no se molestó en limpiar el charco rojizo que quedó en el suelo.

Desgraciadamente para el cautivo, aquello sólo multiplicó su dolor, no sólo por haber saboreado unos instantes lo que antes había tomado a placer, sino porque la fragancia de ello llenaba ahora todo el espacio y estaba seguro que terminaría por enloquecerlo. O quizá ya lo estaba, pues no varió su posición a pesar del tiempo ni de lo que ocurría a su alrededor. Los espejos lo rodearon de nuevo y otras víctimas iban y venían, pero él se mantuvo inmóvil.

—Déjame... ir... —jadeó en algún momento. Sus ojos fueron impregnados por ínfimas gotas rojas que no alcanzaban a salir a otra parte de lo seco que estaba. Después de eso ya no hubo nada, aun cuando le llevaban más cuerpos frescos con alguna herida para tentarlo.

El hombre que lo había llevado ahí, no sabía cuánto tiempo podría resistir un vampiro sin beber sangre, pero al parecer acababa de descubrirlo. Habían pasado cuatro meses desde que lo capturó, y dos semanas desde que había dejado de moverse por completo.

—Tenías que cumplir tu maldito juramento —dijo con rabia contenida tras entrar de nuevo a la mazmorra—. No te costaba nada darme sólo un poco más de tu sangre, ¿o sí? Hubiera ganado mucho dinero. Incluso pude haber compartido un poco contigo.

Contempló unos instantes el cuerpo momificado, sonriendo con desprecio, antes de acercarse y darle una patada.

—Con lo que me costó capturarte. Aunque supongo que podré tener a otro de tus amigos más tarde; son demasiado confiados y no creo que sean tan tercos como tú. —Lo golpeó de nuevo, en el pecho, con su puño. El cuerpo crujió ante el impacto de tan seco que estaba y dejó caer la cabeza al frente por el mismo movimiento.

El hombre se asustó y dio un paso hacia atrás antes de reírse de sí mismo.

—Pero qué tonto... —comentó, aunque enseguida enmudeció al ver que uno de los brazos de aquella momia se había zafado de las cadenas y le sujetaba de la ropa.

Culpa



Cansado y con el hombro quemado por una flecha hecha especialmente para él, Kaféle se encontró en medio de calles con olor a flores. Había sido separado de su grupo que correría mejor suerte estando sin él al ser el objetivo principal de sus enemigos, pero su propio riesgo aumentaba con cada minuto en el que se acercaba el nuevo día. Seguir huyendo ya no era una opción. Apenas echando un vistazo alrededor, decidió saltar sobre una barda que mostró en el otro lado una amplia casa de estilo oriental, tan hermosa como los árboles que la rodeaban y cubrían con pétalos blancos y rosados. Corrió entre éstos buscando un refugio hasta que llegó a lo que parecía ser una bodega, según notó a través de un pequeño tragaluz. El candado dispuesto en la entrada se abrió mágicamente con tan sólo mirarlo y entró, asegurándose de volver a colocar el cerrojo para enseguida hundirse en medio de la oscuridad de una esquina.

Cuando la luz iluminó el exterior con intensidad, la puerta de la bodega se abrió. La figura menuda de una mujer dio un par de pasos hacia el interior; se agachó para tomar una de las escobas, aunque de inmediato la soltó al igual que un jadeo de sorpresa. Sujetando uno de los palos de escoba como protección, se acercó un poco más hacia el hombre que yacía dormido en un rincón. Sus cabellos blancos le hicieron pensar en un anciano, pero en cuanto éste se movió, en aparente inconsciencia, para sujetar la punta del palo con el que lo señalaba, y hacerlo astillas con una mano, pudo ver su rostro lozano a pesar de la semipenumbra del cuarto. Salió enseguida y volvió a

cerrar con llave. Y mientras se alejaba, echó una mirada llena de incertidumbre hacia la bodega.

No volvió a asomarse a ese lugar en el resto del día, pero avisó a su ama, Hotaru, quien permaneció atenta a cualquier movimiento en torno a la vieja edificación, asegurándose de que nadie más entrara o saliera sin que se diera cuenta, mientras pensaba en lo que debía hacer. Después de caer la tarde fue cuando finalmente hubo movimiento en la bodega. Sin que nadie lo tocara, el candado cayó al suelo frente a sus ojos y del cuartito salió el hombre que habían encontrado, luciendo mucho más alto e imponente de lo que habría imaginado. Ella estaba a varios metros de distancia de la bodega, apenas asomándose entre dos puertas de madera y papel, pero eso no evitó que él la notara de inmediato. Con una actitud ligeramente amenazadora comenzó a caminar hacia Hotaru, quien no pareció demasiado alterada por eso; al contrario, se mostró sin miedo ante el intruso. Éste achicó los ojos y se detuvo, y tras ver la imagen de sí mismo en la mente de aquella mujer, dormido e indefenso (en cierto modo), desapareció repentinamente del patio.



—¡Cualquiera que haya sido mi pecado, por favor, sólo castíguenme a mí!

—¡Silencio! Sabes perfectamente que lo que hiciste es uno de los peores crímenes en nuestra sociedad, y aunque es evidente que tú eres el principal culpable, debiste pensar antes de implicar a otros con tus acciones.

—¡No, ellos son inocentes! Bien podrían ignorarlos fácilmente, pero no lo hacen por su maldita arrogancia.

—¿Arrogancia? —dijo con sarcasmo el que parecía ser el de mayor rango ahí, dirigiendo desde el púlpito una mirada despectiva al que estaba arrodillado a su

frente—. Y lo dice aquel que decidió hacer las cosas como le vinieron en gana, pensando que no sería descubierto.

El acusado bajó la mirada. No tenía cómo defenderse de aquel cargo que incluso él no podía negar.

—Y tal como dices —continuó hablando el mayor y juez— podríamos dejar en paz a tu amada “familia”, pero eso no ayudaría a evitar una situación como ésta en el futuro; todos harían lo que quisieran, y eso no debe ser. Así que temo que ellos compartirán tu mismo destino, Kafele —lo miró unos segundos antes de darse la vuelta y dirigirse a un grupo de encapuchados que, en silencio y entre las sombras, habían escuchado todo.

—Llévenselo...

—¡No lo hagas! —gruñó Kafele y se resistió cuando lo levantaran del suelo, al jalar las cadenas que lo rodeaban. Ya de pie, dirigió una mirada de odio al mayor, quien a su vez le devolvió una sonrisa.

—Veo que a pesar de todo aún conservas un poco de valor; sólo por eso y porque fuiste muy útil en el pasado, no te mataremos ahora mismo. De hecho, te permitiré ver a tu familia... mientras los castigamos antes que a ti... —sonrió apenas y se alejó hasta desaparecer en la oscuridad, como las “sombras” que ahora rodeaban al preso. Furioso, éste intentó lanzarse contra el que lo sentenciara, aunque apenas pudo moverse al ser sujeto por casi todo el grupo de encapuchados que nuevamente lo tiraron al piso.

—Vamos, comandante, no estés triste —dijo uno de ellos con sorna—. Dentro de poco serás más libre que cualquiera de nosotros, ¡deberías agradecerlo! —Lo pateó en la cara enseguida; Kafele apenas se inmutó y le dirigió un gesto feral. Éste, queriendo disimular su intimidación, jaló la cadena alrededor de su cuello para volverlo

a levantar y darle otro golpe, ahora en el estómago, al que le siguieron otros por todo el cuerpo de parte de los demás encapuchados.

—Ustedes... también serán libres... —jadeó Kafele mientras resistía el ataque—. Yo los ayudaré... —sonrió a pesar del hilillo de sangre que escapó de entre sus labios.

Después de sacarlo del salón donde se llevó a cabo la audiencia, lo arrastraron escaleras abajo por un pasillo estrecho que daba vueltas en círculo una y otra vez conforme avanzaban. No tenía que poner mucha atención para darse cuenta que lo llevaban al fondo de la fortaleza subterránea, lugar destinado a sus enemigos para que enloquecieran de hambre entre la oscuridad o se ahogaran primero por la falta de aire a esa profundidad. Y aunque a él no le afectaría ninguna de las dos cosas, no podía estar calmado al tener en mente la imagen de quien, ajena a todo lo que era su mundo, se vería condenada a una muerte que no quería ni imaginar. Y todo había sido por su culpa. Eso debía admitirlo, sobre todo porque había pecado de inocente al pensar que todo saldría bien.

Seguramente enviaron a alguien para espiarlo, tan bueno o mejor que él para que no se hubiese dado cuenta; de lo contrario, no habría podido acercársele tanto, como él lo hizo a las inmediaciones del castillo, guiado por una ilusión. Hubiera huido con su amada que ahora era más vulnerable que nunca al estar embarazada. Se había alegrado tanto al saberlo... e irónicamente, ésa era ahora la causa de encontrarse encadenado a una celda tan vieja como ellos mismos, dentro de las profundidades de una tierra con olor a muerte.

Pero así eran sus leyes. Podían intimar con cuanta mujer quisieran, las amaran o no, pero no debían tener hijos con ninguna. Era toda una deshonra para su especie el mezclar su sangre de esa manera con seres inferiores como los humanos. Y aunque

aquello no era algo nuevo en la historia de los suyos, ya fuera por accidente o no, se daba caza a los *Dhampir* cuando éstos podían defenderse un poco, sólo por diversión, o para mayor seguridad se mataban con todo y la madre, apenas se supiera de su existencia. Pues si alguno de los bastardos sobrevivía, podía convertirse en una amenaza para los propios vampiros. El crear híbridos estaba prohibido, y Kafele había tenido la desgracia de caer en ese error que para él no había sido tal al haberlo deseado. Él no estaba de acuerdo con esas leyes que los convertía en una especie de plaga que se reproducía por medio de una infección. Tenía la idea de que eso los acabaría tarde o temprano al ser divididos por jerarquías que se basaban en el poder de un viejo sobre un grupo de novatos, débiles y temerosos, que no se tomaban la molestia de expresar su propia opinión sobre un mandato. Sentía lástima por aquellos que eran iguales a la tropa que lo llevara a su encierro... pero eso ya no tenía importancia.

“Hubiera sido bueno irme y vivir pacíficamente...” —pensó, no muy lejos de la semiinconsciencia—. “Si tan sólo...”

Jadeó ruidosamente y tosió algo de sangre antes de gimotear de dolor debido a los bruscos que eran con él al arrastrarlo.

“... tengo que salir...”



Sus párpados temblaron antes de poder abrir sus ojos por completo y ver con cuidado alrededor. Apenas podía moverse, más que por el cansancio o los golpes recibidos, por estar completamente estirado sobre una pared, como un animal que se seca al sol y se tiene en exhibición, aunque a él nadie lo veía en ese momento. Pero no era el único cansado, seguramente, y agradecía en cierto modo que ya estaba cerca el amanecer; tendría más tiempo para intentar escapar pese a que sus miembros

entumecidos le indicaban que pronto se abandonaría al sueño obligado, igual que sus verdugos.

A pesar de no ser tan débil, sabía que no tenía muchas posibilidades de salvar a su nueva familia, pero eso no aplastaba su voluntad del todo.

—Debo agradecer... ser también un arrogante... —su risa le raspó la garganta y se apagó como el eco de una piedra que rebota apenas un par de veces sobre la tierra dura. Sus ojos se cerraron y se sumergió internamente en las sombras que lo rodeaban, otorgándole su frío abrazo.



Cuando despertó, seguía tan oscuro como antes pese a que no era noche cerrada. Ligeramente confundido, gimoteó al querer encoger sus brazos y piernas y recibir a cambio un doloroso tirón en sus articulaciones. Entonces recordó que había sido encerrado en la fortaleza subterránea y que no podía permanecer allí más tiempo pese a que muchos en el castillo seguían durmiendo. Buscó en las cercanías alguna presencia que pudiera hacerle las cosas difíciles; no había nadie todavía, eso era bueno... pero debía darse prisa si no quería lamentarse después.

Giró su cuello, que también dolía, para ver sus posibles ataduras. Tenía gruesos grilletes rodeando sus muñecas y tobillos que incluso para él serían difíciles de romper o cortar sin tener una herramienta a la mano. No obstante, había algo que podía hacer.

Sin pensarlo dos veces, respiró profundamente antes de tirar con todas sus fuerzas de los grilletes. Como era de esperarse, éstos no se rompieron, ni siquiera la pared (también de metal) mostró alguna fractura, pero eso no era lo que quería dañar; su siguiente movimiento fue torcer su brazo hasta que quebró completamente su muñeca. Bastó un tirón más para finalmente soltarse de un lado y que, al mismo tiempo, una de sus manos cayera al suelo donde se contrajo espasmódicamente antes de

permanecer inmóvil. Apenas se dio tiempo de tomar aire de nuevo antes de hacer lo mismo con su otro brazo y enseguida dejarse caer sin cuidado sobre el piso de piedra. Sin perder tiempo, ignorando el indescriptible dolor, estiró sus brazos desgarrados en busca de su pieza faltante... arrastrándose penosamente con la ayuda de sus muñones, tocó una de sus manos, aún crispada y “viva”, y la atrajo contra la herida horrenda para permitir el casi inmediato proceso de reunificación y cicatrización. Aquello era algo que en verdad debía agradecer a su ascendencia vampírica... era sabido, casi como un relato legendario, que un vampiro logró sobrevivir una decapitación merced a que sus aliados pusieron de inmediato la cabeza sobre el cuello... Kafele se había sorprendido de aquella historia digna de viejas, pero era innegable que tal capacidad no les era extraña.

La mano derecha estaba de nuevo en su lugar, aunque la movilidad normal tardaría un tiempo en llegar hasta que tendones, músculos y nervios recuperasen su función correspondiente; su mano izquierda corrió una suerte similar y al cabo permaneció unos momentos tirado en aquella posición sobre el húmedo suelo, sólo recobrando la energía perdida a través de tales acciones... no sólo era su sangre, el organismo se agotaba demasiado al ser víctima de mutilaciones tan grotescas.

Cuando se creyó con fuerzas suficientes, miró sus pies pensando repetir en ellos el mismo proceso doloroso. Pero estaba dispuesto a soportarlo... más que dispuesto.

“Una vez más...” se dijo, antes de romperse los tobillos con dos certeros puñetazos y enseguida separar con las manos el resto para liberarse finalmente.

El dolor lo estaba mareando, pero eso no evitó que se colocara de nuevo sus miembros destrozados, exactamente lo que había hecho con sus manos. Aquella experiencia lo agotó pero, en cierta forma, había pasado lo más difícil a pesar de no saber lo que podría encontrar más adelante, pues aún le faltaba salir del subterráneo.

—Hotaru... —susurró mientras sujetaba los barrotes de su prisión con ambas manos ya perfectamente funcionales, marcadas en la muñeca por una oscura y gruesa línea marrón e informe, recordatorio de su reciente hazaña. Luego, el sepulcral silencio que lo rodeaba se esfumó cuando emitió un casi bestial gruñido al nuevamente hacer acopio de todas sus fuerzas para doblar el acero especial del que estaban hechos. No por nada sus esclavos morían sin ninguna oportunidad, incapaces de cruzar el umbral que ahora él había dejado atrás, a costa de su energía y de provocarse nuevas hemorragias debido al esfuerzo.

Avanzó como un lisiado por el pasillo que iba en medio de todas las celdas que desde hace tiempo no tenían inquilinos. El último que recordaba había sido un licántropo que él mismo había derrotado, el líder de la última manada que osó pasar cerca de esas tierras. Cómo se reiría ese sujeto si lo viera ahora... él mismo lo haría de no ser porque estaba sumamente preocupado y dolorido, aunque conforme iba avanzando (ahora sobre los primeros peldaños del torreón) fue olvidándose de su sufrimiento físico.

Sus heridas se habían curado de nuevo pero se sentía muy cansado. Tan sólo esperaba que al llegar a la parte media de aquella inmunda cárcel, donde podría salir por algún pasaje que sólo él conocía, no lo estuvieran esperando un gran grupo de acólitos de su maldito líder. Únicamente podía confiar en tener un poco de buena suerte.



El tono rojizo que pintaba el cielo hacía poco terminó por diluirse, dando paso a tonos violetas que lo enfriaron tanto como al ambiente. Cuando eso sucedía, no pasaba mucho tiempo antes de que Hotaru pudiera ver sobre la barda que rodeaba su hogar la figura del hombre de piel ligeramente tostada y ojos de hielo, sentado sobre el borde

antes de caminar con seductora calma hacia ella. Era un momento que a pesar de repetirse casi a diario, disfrutaba enormemente, igual que cada puesta de sol y la llegada del primer copo de nieve en el año, como si lo viera por primera vez, dejándose seducir nuevamente. Pero habían pasado varios atardeceres y él no había vuelto.

Apenas cubierta con una delgada manta, lo esperó casi toda la noche pasada, sentada en el pasillo de madera frente al jardín, para despertar dentro de su habitación al día siguiente, sin recordar haber ido allí. Ahora volvía a estar en el mismo sitio, esta vez un poco más abrigada ante la advertencia que le hicieran antes:

—No es bueno para su bebé que se exponga tanto, ni siquiera si es por el padre de la criatura —le había comentado uno de sus protectores. Pero no podía evitarlo, era cuestión de días que su hijo naciera y no quería que Kafele estuviera ausente, aunque de algún modo tenía un mal presentimiento sobre su ausencia. Para su desgracia no era la única en pensar aquello, por lo que al verla de nuevo a través de la puerta corrediza de papel que estaba abierta, uno de sus guardianes le dijo:

—Creo que es tiempo de preparar sus cosas. No es el mejor momento para viajar, dada su condición, pero no tenemos otra alternativa si es que ha ocurrido lo que no sólo a usted le preocupa.

Hotaru continuó viendo al frente, en silencio, y sólo tras unos segundos asintió.

—Bien, partiremos en la mañana. Así será más seguro. —El hombre observó por un instante el tranquilo firmamento y se dio la vuelta para entrar de nuevo a la casa, conservando la puerta abierta para vigilarla.

Sabía que no ganaría nada obligando a aquella mujer a entrar si no quería; además, sería la última noche en la que, así como ella esperaba con paciencia, él también lo haría, y disfrutaría de algún modo de su belleza al igual que hacía el ser de cabellos de plata que la había enamorado. La “mujer de las nieves”; fue lo primero que

le vino a la mente al verla por primera vez, a su piel blanca y cabello largo y oscuro, como sus propios ojos. De no haber caído también bajo su encanto no habría aceptado la propuesta de ese vampiro que podía competir en belleza con ella. Nadie en su sano juicio aceptaría el trabajar para un vampiro o sus allegados, mucho menos siendo un cazador de éstos.

—Si no tuviera tantas cosas de qué preocuparme, no te pediría nada —recordaba que le había dicho el infeliz—. Pero debo ser cuidadoso. Además, no sólo te pagaré, te brindaré mi lealtad y servicio también. Pues estoy seguro que incluso la ayuda de alguien como yo es un recurso nada despreciable en batalla. Protégela cada que no esté yo para hacerlo.

—Tendría que estar demente para aceptar algo así... —fue su respuesta, corroborada por las frías miradas de sus compañeros, dirigidas al vampiro. Sin embargo, y tras conocer a quien debía cuidar, cambió de parecer a regañadientes.

Sería hipócrita negar que la idea de robarse a la mujer no cruzaba por su cabeza. Pero no quería manchar su nombre al convertirse en alguien más bajo que un chupasangre, sin contar el hecho de que jamás habría sido correspondido. Era mejor así, que dos seres casi irreales como ellos estuvieran juntos, y él, un simple cazador, fuera su escolta y guardián junto con sus compañeros, cuando el otro no estuviera. Y ahora que lo pensaba mejor, no ganaba mucho con aquel trato de mutuo cuidado con ese vampiro, sobre todo cuando parecía que las cosas no le habían ido muy bien. Pero aun si no le convenía, había dado su palabra, y ya fuera por eso o por lo que sentía por la mujer que tenía al frente, daría su vida por protegerla como el guerrero que era.



Desde su salida de la fortaleza, que fue casi milagrosa al haberse topado con dos guardias igual de madrugadores que él (y que le ayudaron, sin proponérselo, al haberse convertido en “donantes” involuntarios) tuvo que ser extremadamente sigiloso. Y aunque logró escapar, no tardó en percibir a varios grupos que lo seguían en la distancia.

—¡Atrápenlo! —fue el rugido que hacía eco en el bosque circundante.

Kafele maldijo en sus adentros, pero ahora que había sido descubierto, seguramente tras ser revisada su celda, no podía más que asegurarse de ser más rápido que los otros.

Pensó que quizá sería mejor pelear, y miró por sobre su hombro, sopesando la posibilidad; pero eran cada vez más los pasos que había tras de sí, y él estaba desarmado.

“No... será mejor seguir hasta que ya no pueda más...”

Siguió corriendo entonces. Tan sólo tuvo tiempo de tranquilizarse un poco cuando sus perseguidores fueron quedando atrás, temerosos de que los alcanzara la nueva mañana.

—¡Maldito viejo! ¡Ya nos las pagarás!

Pero aquellas amenazas lejanas no afectaron a Kafele, quien continuó con su carrera hacia el hogar de la esposa que jamás debió abandonar.

La debilidad apenas comenzaba a hacerse presente en su cuerpo cuando tuviera al frente la barda que lo separaba de los que eran en verdad su familia. Pero la extrañeza al notar movimiento en la casa a pesar de ser todavía de madrugada volvió a ponerlo alerta. Al saltar la tapia, se encontró con los cazadores que había “contratado”, llevando cajas de madera a un carruaje que parecía listo para partir. Uno de ellos se sorprendió de verlo allí a esas horas, ya que generalmente era cuando se iba y no al revés.

—¿Cómo es posible...? —comenzó a decir, aunque se interrumpió tras observar el estado en el que se encontraba el recién llegado: sucio, descalzo y con aquellas marcas recientes en sus muñecas y tobillos—. La señora está todavía en su habitación, durmiendo —agregó entonces.

Kafele de inmediato corrió a ese lugar para abrazarla con cuidado, aunque sin tomarse la delicadeza de despertarla primero. Ella se asustó en un principio, como habría de esperarse, pero en cuanto la nube de sueño se apartó de sus ojos, correspondió con igual ímpetu el abrazo de su amado.

—Creí que ya no te volvería a ver... —dijo con voz apenas audible y temblorosa.

El vampiro no podía sentirse más dichoso que entre aquellos brazos. Mas la realidad lo despertó de aquél ensueño.

—Tenemos que salir pronto, me están persiguiendo —respondió él, y sin esperar alguna otra palabra, tomó a Hotaru en brazos con todo y cobijas, y la llevó rápidamente al carruaje que ya estaba más que listo tras haber sido avisados los demás de su llegada. Partieron sin perder tiempo, aunque eso no tranquilizaba a ninguno de ellos, pues los caballos no podían correr tan rápido como sus perseguidores.

—Espero que la señora no corra un serio peligro por tu culpa —replicó el líder de los cazadores, que llevaba el carro con la pareja; los demás los seguían alrededor, ocupando cada uno una montura—. Aunque debido a tu estado, creo que la respuesta es obvia... —agregó con un gesto serio que no le dedicó al vampiro al ir atento al camino.

Kafele no respondió, aun cuando sabía que era capaz de todo para que aquello no terminara de la peor manera.

—Yo misma me expuse al peligro desde que me uní a Kafele por propia voluntad —habló Hotaru en su lugar—, por lo que cualquier culpa recae en los dos de

igual forma. Y no me arrepiento... —se abrazó a su amado, quien le devolvió una sonrisa cargada de tristeza, así como un beso que probablemente sería el último, ya que en ese mismo instante les dieron alcance los vampiros que, extrañamente, eran un grupo menor que en un principio, pero no por eso menos peligroso. Sólo los más débiles no se arriesgaban a estar fuera a esas horas.

Dedicando una última mirada a la dama que era su vida entera, Kafele tomó una de las *katanas* de los cazadores y saltó fuera del carro que continuó su trayecto. Se lanzó contra los encapuchados que rugieron como bestias al encararlo, aunque su chillido fue peor cuando fueron cortados sus brazos (o hasta alguna cabeza) al intentar reducirlo. Ante su destreza algunos retrocedieron, pero el que parecía ser el líder golpeó a uno de ellos, obligándolo a ir contra Kafele, quien aprovechó el pánico ajeno para cercenar una cabeza más.

—¡Les dije que los haría libres! —gruñó éste con desprecio— ¡Pero si de verdad quieren serlo, dejen de escuchar a ese maldito a quien obviamente no le importa lo que les pase! —continuó mientras señalaba al líder detrás de ellos.

Los vampiros se dirigieron miradas confundidas, pero, más temerosos de su “líder” que de un vampiro renegado, decidieron atacar de nuevo al que debía ser castigado. Kafele apenas devolvió la agresión para defenderse, pero enseguida lo dejó al decidir alcanzar al grupo de humanos que continuaba huyendo con su preciada carga, el cual esperaba estuviese en una situación mejor que la de él; y eso era seguro, ya que su propio cuerpo comenzaba a sentirse cada vez más pesado. Se acercaba la ‘hora fatal’ para cualquier vampiro. Mirando a sus perseguidores, intentó persuadirlos por última vez con esa advertencia:

“¡Hostigándome no van a ganar nada más que la muerte, ¿o es que no se dan cuenta que ya va a amanecer?!”

A pesar de surtir efecto en algunos, un par de verdugos encapuchados persistieron hasta que terminaron por llegar al muelle del puerto, pisándole los pies a Kafele. Hotaru y los cazadores que la cuidaban ya estaban a bordo de una embarcación que recién zarpaba después de haber esperado lo necesario por él.

—¡Kafele! —escuchó la voz preocupada de ella mientras era rodeada por los cazadores. El vampiro, oyéndola, quiso saltar hacia el pequeño navío, pero se contuvo a último momento para no arriesgar más a Hotaru y a su hijo.

“No se dejen atrapar...”

Permaneció en el muelle entonces, lleno de pesar. Estaba dispuesto a pelear con el par de testarudos que restaban a pesar de saber que serían difíciles de vencer al ser ambos más viejos que él.

—No te bastó con dictar la sentencia, por lo que veo... —se dirigió Kafele a uno de ellos con tranquilidad, dándole la espalda a la embarcación y a la luz tenue que se alzaba—, ahora también haces el trabajo sucio.

—¿Qué puedo decir...? —le respondió uno de los mayores, encogiéndose de hombros—. Es mucho más divertido que esperar dentro del castillo.

—Y supongo que vale la pena, tanto como para arriesgarte a estos extremos... —apuntó con la espada el pecho del viejo, quien continuó avanzando sin temor a ser atravesado; si no había huido ante el sol que comenzaba a quemarlos a todos, era claro que tampoco huiría ante la amenaza de una hoja afilada sobre su corazón. La muerte podía ser casi un hecho, pero se arriesgaría si con ello se llevaba al traidor con él al Infierno.

—No sabes cuánto... —respondió antes de abrazar a Kafele. Éste intentó zafarse en vano, pues ya apenas podía moverse. El que acompañaba al juez y verdugo se movió también hacia ellos, aunque sus brazos fueron dirigidos hacia la empuñadura de

la *katana* que sostuviera Kaféle, con la que comenzó a partir en dos el cuerpo perforado del anciano líder.

Desde el barco y ya a una considerable distancia, la tripulación contempló con horror y asombro a los que estaban en el muelle siendo envueltos por llamas incipientes que nacían de sus cuerpos, sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo. Era evidente que el sol los haría desaparecer; mas no fue el fuego lo que los consumió por entero, sino las aguas del mar tras caer los cuerpos de todos desde el muelle desapareciendo definitivamente en la oscuridad de la marea.



Hotaru observaba pacientemente el atardecer, junto a la puerta, como siempre solía hacerlo. No se molestó en abrigarse porque era verano, y tampoco lo hizo por quien en ese momento descansaba sobre su regazo, mirándola amorosamente con sus ojos de hielo.

—¿Verdad que no tienes frío, Setsuna? —le preguntó al bebé en cuanto notara que uno de los cazadores se acercaba con una manta en brazos.

—En verdad no tiene remedio, señora. Y más vale que no le eche la culpa a su hijo si es que pesca frío —miró a éste de reojo y se incomodó ligeramente; tenía la impresión de que ese bebé podía entender a la perfección lo que decía, y hasta saber lo que pensaba.

—Puedes dejar la manta si quieres —contestó Hotaru—. De cualquier forma yo estaré bien y mi hijo también —le acarició el rostro al pequeño antes de levantarlo frente a sí, cubriendo con su cuerpecito los últimos rayos de la luz del sol—. Ambos lo estaremos mientras permanezcamos juntos y ustedes sigan protegiéndonos.

Desvió su mirada al cazador entonces, quien sonrió al ver la confianza que había en los profundos ojos negros de la mujer.

—De eso puede estar segura. Pero será mejor que no pase mucho tiempo a la intemperie o sola. En cuanto pueda, vaya a descansar, que mañana temprano volveremos a partir.

—¿No estamos ya lo suficientemente lejos? —replicó con un dejo de tristeza—. Hace un mes que no vemos a ningún vampiro.

—Es mejor estar seguros. Así lo hubiese querido Kafēle.

La observó de nuevo, y también al bebé, inquietantemente parecido al mencionado pero con las facciones delicadas de su madre. Hizo una ligera reverencia y se marchó. Hotaru se quedó otro rato en el mismo sitio, meciendo a Setsuna. Le dio un beso en la frente y le susurró:

—Cómo me gustaría que conocieras a tu padre... pero quizá tengas que esperar un poco para eso...

Tomó la manta que dejara el cazador, y tras darle un último vistazo al cielo, ahora más oscuro, cerró la puerta y fue a su habitación a descansar, rogando porque ese viaje no durara eternamente.

Tonos dorados



Toda mi vida ha sido tan extraña y hasta cierto punto ajena, que no podría decir con exactitud qué fue real y qué no. Puede que yo mismo no sea sino un ser inventado por una mente sin mucho qué hacer y, desgraciadamente, con insuficiente imaginación para pensarme como alguien mejor: un caballero fuerte y valiente, un demonio rompecorazones, o alguien con habilidades mágicas, como aquellos seres que sólo en los cuentos de hadas se pueden encontrar. Incluso ser un asesino pudo haber sido una buena opción, y así, yo mismo le hubiera cortado la garganta a mi creador no tan prolífico de ideas. Mas el pensar siquiera en ello es ridículo: soy un amante de la vida y la belleza, no un asesino, y el cansancio que recorre todo mi cuerpo es tan real y pesado que es imposible que sea sólo una ilusión. Siempre es más fácil pensar que otro tiene la culpa de nuestro destino. Unos lo llaman Dios, yo lo llamo ironía... aunque puede que esté equivocado. Después de todo, las probabilidades de que me encuentre aquí, sentado sobre la hierba húmeda que centellea como estrellas al reflejar la incipiente luz de un nuevo día, es muy poca. No sólo porque debería estar durmiendo, sino porque espero con ansias al que creí que jamás volvería a ver.

El sólo imaginarlo me remonta a fechas no muy remotas en las que me dedicaba a pintar hasta que llegaba la mañana y caía muerto de cansancio, pero lleno de satisfacción ante otra obra terminada. Hacer paisajes era lo que más me gustaba; crear naturaleza donde antes sólo había un espacio en blanco. Y poco a poco, ver ante mis ojos el nacimiento de algo bello, vivo a pesar de ser de pintura. Podía crear mi propio Edén cada día si quería, como si fuera un dios. Aquello era mi pasión y lo único que me

mantenía con vida no sólo porque era mi trabajo, sino porque me hacía olvidar la soledad en la que estaba sumido debido a mi aspecto poco agraciado. Si hubo alguien que se acercara a mí fue por interés, por lo que, aunque yo quisiera algo de compañía, de algún modo desconfiaba de la sinceridad del afecto de otros. Lo mejor era que no supieran de mi talento, pero de alguna u otra forma terminaba mostrándolo al hacer un bosquejo en alguna hoja en blanco que siempre llevaba a la mano.

Siempre noté las miradas ajenas posadas sobre mí o, más bien, en mis manos y en lo que ellas creaban. No me molestaba su curiosidad o fascinación, en realidad lo disfrutaba... al menos hasta que alzaba la vista o pretendía hacer un poco de conversación. Ahí se esfumaba la atención y yo me quedaba con una dolorosa sensación de vacío, producto de la indiferencia engendrada por un rostro marcado por la fealdad de una mancha roja y gruesa cruzándolo. Era mucho peor cuando no hacía gala de mis habilidades, pero así como ellos, aprendí a ignorar sus desplantes.

En un principio sufrí por el despliegue constante de hipocresía a mi alrededor, incluso llegué a odiar. Pero ya que también era parte de esa sociedad que adora lo bello, no hice más que continuar, olvidándome de las demás personas. Eso fue mejor y lo que me ayudó a continuar con mi solitaria vida que esperaba no durara mucho. Disfrutaba de mis días, pese a todo, enfrascado en pintar sin fijarme en nada más, aunque probablemente debí hacerlo, ya que, aun cuando seguía llamando la atención de la gente sobre mi trabajo cuando tenía que exponerlo en espacios públicos, nunca noté que una de las tantas miradas de alrededor se había fijado realmente en mí. La falta de apreciación a mi persona, dentro de las multitudes, nunca me afectó demasiado, por lo que en un principio no supe a qué atribuir la ligera incomodidad que repentinamente me invadió. Apareció como un cosquilleo persistente que me obligó a pasar la mano por mi rostro y, sólo furtivamente, mis ojos en torno al lugar. No noté a nadie viéndome

fijamente, tal cual era de esperarse, pero la extraña e incómoda sensación continuó, al menos hasta que volví a mi casa.

No se repitió aquello sino hasta mucho después, durante alguna de mis caminatas por el parque o alrededor de mi casa, cerca del crepúsculo (el sol hacía que me ardiera la piel, así que lo evitaba lo más que podía). Por un momento llegué a pensar que algún malandrín estaría espíandome, pero aparte de mí, no hubo alguien a quien pudiera identificar. Era como si el mismo bosque que rodeaba mi hogar fuera el mudo espía de mis días y noches. Traté de convencerme entonces de que así era, que el espíritu de la naturaleza que tanto amaba era mi compañero curioso; no obstante, eso no logró tranquilizarme del todo. Y aunque no me volví paranoico, por primera vez comencé a comprender lo que significaba tener compañía, fuera grata o no. Pude haberme acostumbrado a ello, pero así como las miradas furtivas de un público que me miraba con desagrado, la sensación de ser el verdadero centro de atención iba y venía por temporadas, haciendo que la costumbre no fuera una opción.

En alguna ocasión, miré hacia el horizonte oscuro, como ahora, y giré sobre un punto para apreciar todo el paisaje mientras le decía a quienquiera que fuera mi segunda sombra que siempre quise algo de atención, pero si no se mostraba, era lo mismo a no tener nada. Me sentí algo estúpido después y también extrañamente aliviado ante mi pequeña “conversación” que me dejó en un vacío total al no recibir más que silencio. Para mí eso significó que mi espía había preferido irse, aunque inmediatamente me recorrió un escalofrío que atribuí al viento.

Regresé a mi casa, y al tener frente a mí la vereda de piedra que iba hacia la puerta, me invadió una sensación de pesadez, como si estuviera dentro de algo espeso que no me permitía moverme o respirar sin dificultad. Cubrí mi frente y ojos con una mano ante un repentino mareo, y habría caído al siguiente instante de no ser por el

inesperado apoyo que vino a mí, un par de manos gentiles que me sostuvieron y aferraron al mismo tiempo ante mi siguiente sobresalto.

Miré hacia el rostro de mi soporte y achiqué los ojos como si hubiese visto al sol; de hecho, en eso pensé al notar el resplandeciente tono dorado de los cabellos del extraño que tenía al frente, y que alejó al frío que recién había sentido, con una cálida sonrisa. Jamás había notado un gesto tan sincero dirigirse a mí, y sólo por eso no me alejé de inmediato de ese sujeto que se veía tan abandonado como yo a pesar de su radiante rostro. De cualquier forma, él me soltó al poco rato.

—Discúlpame por aparecer de esta manera —me dijo en vez de preguntarme si me encontraba bien, que era lo más lógico al igual que cierto recelo de mi parte.

Lo más extraño fue que lo invité a pasar a mi casa. Él se mostró realmente complacido y me dedicó una nueva sonrisa que me produjo placer y desconcierto al mismo tiempo; el hecho de no ser juzgado por la marca en mi rostro era tan insólito como halagador y me mantenía caminando en un delgado borde entre la desconfianza y la fascinación. Pero lo que llamó mi atención sobre ese sujeto, fue la sutil fiereza en su gesto alegre, era como ver sonreír a un gato. Sin embargo, no me detuve mucho en ese detalle, avergonzado de cometer lo que otros hacían conmigo. Mi invitado lo notó sin mostrarse ofendido y, en cambio, y tal vez para responder a futuros cuestionamientos, me dijo:

—Yo soy el que te ha estado observando. Soy un admirador que nunca volteará el rostro cuando me veas. —Y si eso no había sido suficiente para impresionarme, técnicamente me dejó sin palabras al agregar—: Eres tan hermoso...

Él... alguien que podía evocar ese adjetivo con tan sólo verlo un instante, me adjudicaba la misma característica. Todavía sonrió al recordar aquello, aunque es sólo la sombra de la marea de emociones que sentí en ese momento y que me obligó... no, me

inspiró a querer plasmarlo en un cuadro. Algo que hasta ese entonces no había hecho nunca, no porque no supiera, sino porque nadie había querido ser mi modelo. Él no sólo lo fue con gusto, también me devolvía continuas miradas cada que yo hacía lo mismo para captar sus detalles, dejándome totalmente arrobado.

A pesar de mi exaltación no pude terminar el cuadro esa misma noche, pero mi recién descubierto admirador prometió regresar para que lo terminara. Pasaron dos días antes de que lo volviera a ver y la ansiedad me abandonara junto con la idea de que faltara a su promesa. Sin duda se complació por ello al saberlo, pero también le hizo cambiar la idea de ser mi modelo en esa noche.

Apenas había dispuesto los materiales para continuar su retrato, lo noté sorprendentemente frente a mí. Había sujetado mis manos con delicada firmeza, haciendo que soltara los pinceles.

—Ahora yo quiero mostrarte mis habilidades —susurró—. Deja que te pinte esta vez. —Me abrazó y acarició mi rostro.

Asustado, me aparté de sus manos, pero él insistió en tocarme e incluso besó la desagradable marca que cruzaba mi piel.

—Calma, no voy a hacerte nada malo. Tranquilízate... —me instó, hablando con suavidad. Y pese a que dejé que me guiara mansamente hacia una silla, mi cuerpo no se calmó del todo y permaneció trémulo aún después de la mirada penetrante que mi “espíritu” de cabellos dorados me dirigiera y que bastó para paralizarme por completo. Apenas fui capaz de cerrar los ojos después, gracias a las manos ajenas que volvían a tocar mi piel con cariño antes de ser lacerada por una filosa caricia que me hizo gimotear de dolor. Quise abrir los ojos, pero él no me lo permitió y repitió el proceso que, inesperadamente, produjo alivio no sólo en mi herida, sino en todo mi ser. No tenía idea de lo que estaba pasando, y tampoco quería saberlo realmente al sentir cómo era

humedecido mi rostro por lo que adivinaba como mi propia sangre pese a lo frío e inexplicablemente reconfortante del contacto.

Tras unos minutos de tortuosa incertidumbre, terminó por besarme los ojos que al fin pude abrir. Entonces me levanté de golpe y casi caí al suelo de no ser por la amable intervención de mi invitado que, sin razón aparente, comentó:

—Sin importar tu apariencia me resultas hermoso. Pero ahora serás más feliz al no volver a causarte desagrado a ti mismo.

En un principio no comprendí sus palabras, tan fuera de lugar respecto a lo acontecido, pero enseguida y como si obedeciera una orden, toqué mi rostro que imaginaba más deforme que nunca pese a la falta de dolor. Aquello no tenía sentido.

Temeroso y desconcertado, me alejé del otro que continuaba sonriéndome y fui hacia un espejo. Mi rostro estaba ensangrentado, como esperaba, pero aparte de eso no noté nada más. Enjuagué mi piel entonces, y la siguiente vez que contemplé mi reflejo, distinguí el rostro sorprendido de un hombre que sólo había visto en bosquejos guardados en un cajón; la marca que me había convertido en un solitario desde mi nacimiento había desaparecido. Sin embargo, no sabía si sentirme feliz al ser ese milagro producido por algo sobrenatural e inexplicable.

Escuché suaves pasos a mi espalda y comencé a temblar de nuevo, no sabiendo precisar si ésa era la razón. Únicamente el nuevo abrazo de mi bello compañero me tranquilizó al igual que su reflejo a mi frente, ya que no me había atrevido a volverme para agradecerle, y por un momento temí no verlo en el espejo junto a mí.

Después de eso, correspondí su amabilidad al salir con él a caminar en los alrededores boscosos, olvidándome por completo del cuadro que había dejado inconcluso. Lo mismo ocurrió en la siguiente noche en la que mi nuevo amigo me dio uno más de sus singulares regalos, otorgándome la maravillosa capacidad de ver el

mundo con sus verdaderos colores. La belleza que pude contemplar desde entonces era infinitamente mayor a la que pudiera plasmar en la mejor de mis pinturas que, no obstante, seguía haciendo para mi gusto y el de mi compañero que disfrutaba viéndome pintar bajo la mortecina luz de la madrugada.

Finalmente me sentía completo y feliz... lo único malo fue que mi vida dependió directamente de la de otros. Nunca me consideré un asesino pese a eso, ya que aun cuando arrebatava vidas, éstas ya habían sido condenadas con antelación; yo sólo les robaba el resto de su tiempo en la tierra.

Me habría gustado que, así como yo, alguien hubiera llegado de la nada y me robara mi tiempo. Así no tendría que esperar más bajo este cielo sin luna.

La noche anterior, igual de negra, todavía contemplé el firmamento lleno de esperanza y con mis cosas listas para un largo viaje, esperándolo para partir. Pero tras varias madrugadas que no conté, y en las que el cielo me vio caer rendido, de algún modo supe que mi espera ya no tenía caso.

La última vez que lo vi, me dedicó una de sus afectuosas y reconfortantes sonrisas antes de darme la espalda, y yo sostuve sus cabellos de oro al despedirme, como en cada aurora en la que debía viajar sin mí a un lugar que, según él, no debía conocer. Su cabello era para mí el recuerdo de la luz que mis ojos ya no pueden contemplar. Pero ya que no volvió, por un tiempo busqué consuelo en el retrato que apenas reflejaba un atisbo de su verdadera belleza.

Mientras estoy aquí sentado, sobre el césped mojado del claro donde solía pintar a su lado, me sigo preguntando si todo esto es real. Ya no recuerdo con exactitud mi vida antes de que lo conociera, y no quiero recordar el tiempo que pasé después sin él. Supongo que está bien si su aparición fue un sueño, pero mientras conserve su imagen en la mente seguirá prolongándose mi tormento que, al igual que las lágrimas rojas,

marca mi rostro una y otra vez. El cuadro que pinté de él me produce ahora más sufrimiento que regocijo, pero eso ya no importa... en unos segundos todo desaparecerá. Lo bueno y lo malo que él me ha dado se irá con la visión del sol que me recuerda tanto a sus cabellos. Podría arrepentirme de mi decisión pero, aun cuando mi instinto grita que me oculte del peligro, la debilidad me mantiene pegado al suelo. Ya no puedo más que dirigir mis ojos enrojecidos hacia el horizonte que me envuelve con su calor...



EL SENDERO ENTRE LOS INMORTALES

(POÉTICA)



BUSCANDO EL SARCÓFAGO

(Motivaciones y reinterés por el 'Señor de la noche')

Es curioso que, cuando se piensa que ya nada —o sólo algo extraordinario— puede sorprenderte, algo surge aparentemente de la nada y cambia tu visión de las cosas. A mí me pasó algo similar al ver la película *Entrevista con el vampiro*, que hizo cambiar mi pensamiento sobre lo que creía que sólo podía ser tenebroso, malo y monstruoso, categorías en las que se suele envolver al vampiro.² Aquella película significó una especie de revelación, un shock que provocó un vuelco a las creencias que pudiera tener sobre las criaturas de la noche hasta ese entonces. Me mostró un nuevo mundo de posibilidades que iban más allá del simple horror o rechazo que suele estar ligado con ese ser, pese a que éste todavía se manifestaba, irónicamente, de parte del mismo 'monstruo'.

² Mi intención con este ensayo es expresar de forma personal el porqué de mi fascinación por la criatura mítica del vampiro y lo que significa para mí. Dar a conocer (con ayuda de las guías encontradas) mi propia visión y, al mismo tiempo, hacer una especie de tratado sobre el vampiro, tal como hiciera Vicente Quirarte en su *Sintaxis del Vampiro*, aun cuando el mío no tenga la misma visión profundamente analítica que el de él. Sólo quiero aportar mi grano de arena para formar el desierto que pocos nacionales parecen querer explorar.

En cualquier caso, no fue lo único que aprecié en el filme, también fue un nuevo punto de vista que contradecía a la clásica forma de ver a un depredador. Éste, al ser peligroso, tiene que esconderse y no hacer del dominio público su existencia; en cambio, el protagonista de *Entrevista con el vampiro* no sólo no se esconde (o al menos no todo el tiempo), sino que está dispuesto a presentarse como lo que es, un vampiro, y dar testimonio de su vida como un ser de la oscuridad no importándole si le creen o no. Ése es un buen comienzo para llamar la atención, o al menos atraer la mía. Después de aquella introducción, podría esperarse quizá la ya conocida anécdota interminable de sangre y crueles matanzas... pero esa expectativa desapareció junto con cualquier atisbo de maldad en el vampiro narrador, quien más que disfrutar de sus nuevos dones y de la inmortalidad, enumeraba cada uno de sus pesares que no parecían tener fin desde que dejó de ser humano. Además del dolor que sufría, a través de su anécdota hacía evidente que no sólo los seres humanos no sabían nada sobre ellos; por ende, éste estaba en una constante búsqueda de su propia identidad y de los orígenes de su especie mientras se retrataba a sí mismo como una víctima de sus debilidades, de las circunstancias y de su creador y compañero Lestat, quien era señalado como 'el malo' de la película y, a su vez, parecía brillar con luz propia y deslumbrar a todo aquel que lo mirase, más por su carisma que por su belleza. Con todo esto, pude apreciar una nueva cara del vampiro —una antítesis— que iba más allá del simple asesino sin sentimientos; me sorprendió y renovó mi interés sobre el tema y las diversas apariciones del ser inmortal... y, ¿por qué no?, la curiosidad de ver qué podía hacer con él. Pero me estoy adelantando, pues antes de que esta historia llegara a mí, hubo otras que le antecedieron si bien no dejaron una huella tan marcada en mi catálogo.

No recuerdo con precisión cuál fue el primer vampiro del que tuve conocimiento en mi vida —aunque puedo asegurar que ése no fue Drácula (o no con ese nombre, ya

que más tarde me di cuenta que sí se trataba de él)— nunca he tenido una memoria privilegiada (hecho que lamento), pero ya que la mayor parte de mis memorias se basan en imágenes, pude asociar en algún momento a la criatura de piel pálida, ojos hundidos y semblante siniestro que alguna vez vi en televisión, con un vampiro al que todos conocen como Nosferatu. Emociones como las que ese monstruo me provocara con su presencia me llevó, quizá de manera inconsciente, a buscar lo que fuera (películas, cuentos, leyendas) que me produjeran lo mismo, esa adrenalina que surge del misterio, del peligro real o imaginario de saberse acompañado u observado por algo que se cree irreal y lejano. Por supuesto, en las leyendas propias de nuestro país también se tienen criaturas que llenan de terror y desasosiego a los corazones de las personas, y no niego que también sean interesantes, pero ninguna, salvo los denominados *nahuales*, llamó tanto mi atención como los vampiros nacidos de Europa a los cuales, por desgracia, los presentan en México —salvo en películas extranjeras sin intención satírica— como versiones burdas de la original, que no representan amenaza alguna al ser derrotados por luchadores con poderes místicos (o eso asumo, sino por qué habría de llamarlos para semejante misión tan peligrosa) como El Santo o Blue Demon, o burlados con la gracia natural que sólo Capulina podría tener.

Es así que al querer profundizar más en el conocimiento sobre el mito del vampiro y, al mismo tiempo, alejarme de la versión bufonesca, a su vez basada en la apariencia del Conde Drácula interpretada por Bela Lugosi (con traje negro, corbatín y una larga capa), perseguí todo lo que estuviera relacionado con el vampiro o el terror (también asumiendo, en un principio, que sólo en ese género podría encontrarlo) aunque con ello lo que conocí fue a otras criaturas sin nombre que se asemejaban más a fantasmas o quimeras que podían ser invisibles, así como otro tipo de terror que provenía más de la mente que de una amenaza externa y de ultratumba como los

vampiros. A quienes conocí fueron (principalmente por la constancia con la que eran mencionados) a los seres y terrores que creaban las plumas de Edgar Allan Poe y H. P. Lovecraft. Sin duda, ambos autores son un marcado referente en el género de terror y el suspenso, y no niego que también en mí ejercieron cierta atracción, pero ya que los conocí siendo tal vez demasiado joven y sin la experiencia necesaria o interés para no dejarme apabullar por las disertaciones o extensas descripciones científico/cósmicas de sus creaciones, no profundicé demasiado en sus obras, quedándome sólo con una breve descripción de ambos autores. Sin embargo, esa no fue la razón principal de que sólo inspeccionara la punta de lo fantástico y lóbrego.

He de mencionar que buscar textos no sólo relacionados con el terror o cualquier leyenda (ya ni hablar de literatura), fue algo difícil durante mis años mozos (durante los cuales uno no sólo está lleno de incertidumbre, sino que no se poseen los medios económicos para hacerse de una colección propia de intereses), y sólo podía conformarme con lo que pudiera tener en las bibliotecas más cercanas.

El lamentable hecho de no poder poseer el material que deseaba ya era en sí mismo terrorífico, y habría podido servirme para vivir inmersa en la emoción que buscaba. Pero sabía que eso no era suficiente, no podía serlo. Continué navegando entonces sobre la marea que me llevaba a orillas de más obras que parecían alejarme de mi objetivo principal; Oscar Wilde me dio una cordial y humorística bienvenida con “El fantasma de Canterville”, y algunos otros cuentos como “La golondrina y la rosa” y “El amigo fiel”, donde se evidenciaba que el comportamiento humano puede ser tan terrorífico como cualquier monstruo, si uno lo piensa con detenimiento; pero a pesar de lo entretenido que fue, no pude más que estar con él por corto tiempo. Prometí volver a verlo, sin embargo, pues una mirada a lo diferente —a mi afición por el terror— fue también un agradable soplo de aire fresco.

Con nuevas fuerzas, me sumergí de nuevo en rumbos más tormentosos e inciertos que, sin embargo, parecían haber terminado junto con el catálogo de la biblioteca. Pero la sensación de impotencia que sólo puede compararse con las pesadillas recurrentes donde se corre en medio de un lugar oscuro sin avanzar realmente ni un palmo de distancia, sólo disminuyó cuando comencé a apreciar en la televisión (cosa que nunca esperé) películas que se acercaban a lo que buscaba. No obstante, la visión que presentaba *Entrevista con el vampiro* era muy distinta a la que había visto sobre los bebedores de sangre: antes expuestos sólo como monstruos, ya sea por su apariencia física alusiva a los murciélagos o por los actos crueles que cometían contra poblaciones enteras, siendo portadores de la muerte como una peste; ahora se presentaban como seres bellos, seductores (algo que realmente no era nuevo, pues en historias anteriores al del mismo Drácula, como “El vampiro” de Polidori, ya poseían la cualidad de contar con magnetismo y atractivo físico, aunque dentro del cine no se había explotado tanto ese aspecto) y con su propia historia de sufrimiento que los alejaba por completo de ser únicamente el villano. Ahora eran los protagonistas que clamaban la atención y comprensión de la audiencia.

Por supuesto, esa película ni la novela, escrita por Anne Rice, fueron las precursoras de esa tendencia, pero sí la que lo puso de moda en la actualidad, pese a que en relatos anteriores ya se mostraba algo semejante. Un ejemplo es *El intruso*, de Lovecraft, en el cual el monstruo es quien cuenta su historia y pesares, y se presume que el protagonista narrador es un vampiro, aunque el autor no menciona directamente —como le es característico— al ser para revelar su identidad. Sólo hace descripciones generales de su aspecto y lo que éste provoca en los demás, dejando su origen (que para el propio protagonista es desconocido) y necesidades primarias a la imaginación. Personalmente, no considero que se trate de un vampiro, sino de alguna otra criatura

semejante sólo en el aspecto de ser un muerto viviente (¿zombi con consciencia, una momia?), pero ya que se toma al cuento mencionado dentro del catálogo, es que lo menciono. Volviendo con Anne Rice, fue con ella con quien conocí no sólo el aspecto romántico del vampiro (con esto me refiero a la tendencia de mostrarlo no sólo en su versión clásica de depredador, sino de la novedosa faceta de filósofo con leve inclinación depresiva o, por el contrario, que disfruta de la no-vida gracias a todo lo que sus renovadas habilidades y el dinero pueden otorgar), también renovó mi interés por estos seres y sus características después de haber permanecido con el pensamiento de que sólo podía haber maldad e instintos primarios en ellos.

Tomé nuevamente una bocanada de aire fresco con ella; era como si hubiese conocido al vampiro por primera vez, así como lo que éste significaba. Ahora no sólo se podía considerar al vampirismo como a una maldición, ya fuera por el propio ‘infectado’ o por los más allegados a éste en vida; era también el sinónimo de una nueva vida, un renacer que sólo podía convertirse en pesadilla dependiendo de la fuerza mental de cada individuo que adquiriera “El Don Oscuro”.³ Ya que el haber sido vampiro dependía en gran medida de la persona y otro tanto de quien lo eligiera y transformara en su discípulo. En el universo que ella crea, el ser un monstruo, un maldito, es una opción. Esa fue la principal característica innovadora —como también menciona Vicente Quirarte en su *Sintaxis del Vampiro*— de la obra de Rice. Quizá la más significativa entre las demás, en las que se destacan el desmentir todas aquellas viejas creencias que se tenían sobre los vampiros y sus debilidades (las estacas, amuletos de ajos o religiosos, no son efectivos contra ellos, y pueden verse a los espejos al conservar su alma arraigada al cuerpo). Sólo se conserva lo más elemental de éstos: beber sangre

³ Según la “Jerga de Sangre” en la obra Anne Rice, es el “término para designar el poder vampírico. Cuando un maestro le otorga la Sangre a un neófito, lo que le está otorgando es el Don Oscuro” (*El príncipe Lestat*, 16).

para vivir (aunque conforme se vuelven más viejos esa necesidad será menos acuciosa), la ligera perturbación que provocan ante su aspecto pálido y mirada fría y la debilidad natural que tienen ante la luz del sol y el fuego, aunque la decapitación también es muy efectiva si la cabeza no se une al cuerpo rápidamente. Y no podía dejar de mencionar el hecho de que en las *Crónicas Vampíricas* se ofrece una nueva génesis del vampiro —dentro de la tercer novela de la saga: “La reina de los Condenados”—, que no se basa en las faltas que pudiera cometer una persona en vida (ser excomulgado, un suicida, no bautizado, etc.), sino en la singular participación de un espíritu que, gracias a un accidente, pudo unirse a la carne de un ser vivo y, así, crear un nuevo ser. Con todo esto, bien se puede considerar una nueva biblia del vampiro a esta obra, otro universo del que se puede partir, si así se desea, para crear otras crónicas.

Eso parecen haber hecho los autores de *Vampiro: “la Mascarada”*, pues se dice que se basaron en la obra de Rice. Pero por lo que he visto, las similitudes de las características vampíricas de sus personajes con los de la otra autora son muy pocas o una especie de fachada —como lo indica su título—, siendo la más evidente el hecho de que los vampiros (aquí denominados Vástagos) no quieren que los humanos sepan de su existencia y que se burlan de las creencias que se tienen sobre su comportamiento y debilidades. Debido a las diferencias que tiene respecto a su ‘inspiración’ lo considero como un universo nuevo y bastante apartado, sobre todo porque a los vampiros se les divide por jerarquías (manejadas allí como generaciones) y clanes que tienen características únicas (físicos distintivos, poderes, comportamientos...); todo con el propósito de ser una guía para un juego de rol.⁴

⁴ En inglés role-playing game (juego de interpretación de roles), es un juego en el que una o más personas desempeñan un determinado rol, papel o personalidad. Se basa únicamente en la interpretación, el diálogo (interacción entre los personajes) y la imaginación, pues la ‘partida’ se va creando en el transcurso de ésta (*Wikipedia*, “Juego de rol”).

Escribir sobre un tema como una creencia o un mundo tan singular como es el de los vampiros puede parecer fácil (sobre todo si se tiene una guía), simplista y hasta un modo barato de conseguir la atención del público, de los lectores. Y aunque no descarto la posibilidad, pues siempre puede haber quien quiera probar la ‘fórmula rápida del éxito’, la realidad (para mí) es que escribir sobre vampiros, si bien se puede disfrutar bastante al hacerlo, no es tan sencillo por el hecho de que no basta pensar en sangre y colmillos o en una sola referencia para aventurarse a crear algo basado en ello, pues esa única referencia puede estar plagada de sus propias creencias y de errores que podríamos estar copiando. En caso de que no se pretenda copiar, sigue siendo un peligro el partir de una sola fuente, pues se puede caer en el error de pensar que se está innovando con las variaciones que hagamos a nuestro modelo, cuando en realidad no es así. No por nada al mismísimo Poe le advirtió su amigo T. W. White que “no podría hacer nada efectivo con un tema tan singular si lo trataba en serio” (*Vampiria*, 153), tomando en consideración, quizá, el tratamiento científico-psicológico que daba a todo lo que trataba en sus cuentos. Evidentemente —o quien sabe— él pasó la prueba a pesar de aludir de forma sutil, y hasta un punto ambigua, al vampiro en “Berenice” al mezclar la catalepsia (uno de sus padecimientos favoritos, al parecer), la obsesión analítica del narrador y el propio horror que esto le generaba, con los síntomas característicos —clásicos— previos a la transformación vampírica.

Abordar este tema es algo arriesgado. Quizá no tanto para aquellos que ya tienen la fama suficiente para hacer una apuesta que no les provocará ni bien ni mal si su ‘experimento’ no les funciona. Como Carlos Fuentes con *Vlad*, novela con la que incursionó en el mundo de los vampiros haciendo una versión moderna y ambientada en la ciudad de México de *Drácula* y con la que no llamó la atención ni para bien ni para mal, aunque sin duda tuvo más menciones que novelas de otros escritores menos

conocidos que él y son considerados mucho mejores dentro del mismo género⁵. Pero para quienes recién comienzan o apenas se asoman al mundo literario, los peligros que conlleva pueden ser mayores al ser posiblemente señalados de seguir una moda y, por tanto, ser ignorados. Curiosamente, esta ‘moda’ ya lleva aproximadamente dos siglos dentro de la literatura y qué decir de las creencias de la humanidad que se remontan antes de la aparición del cristianismo (aunque con la llegada de esa religión pareció exacerbarse la presencia de lo sobrenatural, pero con un tinte maligno). De cualquier forma y pese a los riesgos que pueda haber en relación a la literatura vampírica, no ha disminuido mi interés de querer entrar a ese mundo. Me motiva la fascinación que me provoca un ser que se alimenta de seres humanos y que, por tanto, se convierte en el mayor depredador del mundo, entre otras características que lo vuelven el ideal que todo ser viviente anhela: el poder y la libertad; y, por otro lado, el desagrado que me ocasionan interpretaciones que considero erróneas y hasta absurdas de este ser.

Tomando como ejemplo a “La Mascarada”, bien pude haber tomado todo lo que pudiera del universo de *Las Crónicas vampíricas* para aventurarme a escribir, crear mi propio mundo vampírico pero arriesgándome a ser comparada —para bien o para mal— con Anne Rice. Pero como mencioné antes, basarse únicamente en una sola fuente no es siempre lo más recomendable; se tienen que tener más puntos de vista o más versiones de un personaje para elegir de mejor manera los criterios, elementos o características para crear al propio. Por esa razón y aún con mi fascinación por los vampiros de Rice, que más que inspirar terror te sumergen en un mundo fantástico, melancólico y lleno de belleza, decidí dar un vistazo a otras versiones del personaje, tanto para ver las diferencias como para obtener inspiración y otros puntos de arranque para mis propias historias. Pues, quién sabe, quizá mis vampiros gusten de discutir entre sí, alguna vez,

⁵ Estos autores son Adriana Díaz Enciso y Jose Luis Zárate, a opinión de Alberto Chimal (“Una crítica de vampiros”, web).

sobre las creencias y lo que se ha escrito sobre ellos. Y para no quedarme fuera de la conversación, lo más apropiado era volver a la búsqueda de los orígenes del vampiro y observar con más detenimiento cómo es que fue evolucionando y el porqué de eso.

DE LA FOSA AL LECHO ARISTOCRÁTICO

(Siguiendo el camino del vampiro)

Cuando uno quiere conocer más sobre un ser en específico, bien sea por interés ocioso (llámese pasatiempo) o para algo más serio como querer escribir sobre éste, lo más probable es que brote como un retoño primaveral la pregunta que puede hacerse uno mismo o a alguien más: ¿de dónde surgió?, y quizá y casi de forma inmediata se asome la de ¿siempre fue así desde el principio?

Cada vez que conozco a un ser de la oscuridad y de lo fantástico (porque la mayor parte del tiempo son esos los que llaman mi atención por interesarme lo sobrenatural), me he hecho por lo menos la primera pregunta. Y aunque la mayoría de las veces busco algo de información sobre el ser en cuestión, lo que encuentro no siempre llega a ser satisfactorio ya sea porque lo encontrado es muy poco o vago o termino desviándome de lo que buscaba inicialmente. Pero el último caso es el menor de dos males, pues si se tiene algo de suerte, se pueden encontrar diversas curiosidades sobre lo que se buscaba al inicio y eso suele ser muy interesante.

Como mencioné antes, no recuerdo cuál fue el primer vampiro que conocí, pero, ya que del que tengo memoria fue un producto ya transfigurado por la literatura y la televisión, quise saber cuáles eran las similitudes que había entre ese ser encantador —y con el rostro del actor de moda— que veía en la pantalla, con lo que era un ‘verdadero’ vampiro. Por supuesto, cada quien tendrá su propia definición de lo que éste puede ser y por eso no considero que la mía sea la mejor o la definitiva; esa es la razón

por la que quería conocer la visión de otros de este ser y, sobre todo, ver en qué coincidían entre sí todas las visiones que pudiera encontrar.

El vampiro es uno de esos seres que —podría decirse— está presente en todas partes, sobre todo ahora que parece haberse convertido en un artículo de moda o en una mascota exótica, pues en sus últimas apariciones, como en la saga *Crepúsculo*, su domesticación⁶ ha llegado a un grado tal que ha perdido su esencia; se aparta completamente de la caracterización original del vampiro como personificación de la muerte neutralizando todo su poder subversivo, como comenta Maestre —en su artículo sobre el vampiro regenerado en *True Blood*—, al ahora erigirse “en emblema de marginado reinsertado en la sociedad pese a conservar ciertos atributos sobrenaturales” (121).⁷ Pero definitivamente no sólo es una moda como podría pensarse o he escuchado que comentan, pues así como muchos de los seres que vemos en las películas, tuvo un origen en sitios siniestros y misteriosos, hace mucho tiempo, y ha permanecido acechando hasta nuestros días; “espera su turno y acostado en el cementerio deja pasar el tiempo soñando con la sangre fresca que lo devolverá a la vida milagrosa” (Glantz, *La metamorfosis del vampiro*). No quiero decir que sean reales, por supuesto —aunque uno nunca sabe, sobre todo cuando alguien como Rosseau comentó (a pesar de ser irónico) que había más pruebas de la existencia de vampiros que de Cristo— (Ibarlucía, Castelló-Joubert, 10), sino que partieron de la mente humana; pues ¿qué podría haber en el mundo más siniestro y misterioso que ésta?

⁶ Este proceso supone reprimir todas las características que hacen al vampiro monstruoso según la religión y la moral (su parte horrible, antinatural y pecaminosa, especialmente en el plano sexual), es sometido por el humano —o el autor— para ser asimilado dentro de la sociedad; también puede denominarse como “pérdida de colmillos”. Esto se manifiesta en la serie *True Blood* y en la película *Déjame entrar*, pero es más evidente en *Crepúsculo* (Maestre, 118-119).

⁷ Además, agrega que Meyer reinterpreta al vampiro “hasta niveles casi ridículos: tan grande es la reforma a la que lo somete que llega al punto de infantilizarlo” (121).

Es evidente que, como muchos de los miedos que parten de la mente, el vampiro emergió para volverse parte de la vida de la humanidad en forma de mito y creencias folklóricas que son más antiguas que la de Vlad Dracul ‘El Empalador’ (personaje histórico que muchos consideran el punto de partida para la creación del vampiro). Y ya que cada mente es un mundo que tan sólo se ve afectado por el entorno que lo rodea, el aspecto mítico de este ser suele variar dependiendo de la región de donde provenga aunque, generalmente, conserva ciertas características esenciales que hacen que se pueda asociar a la criatura de una creencia con otra o, en este caso, saber si se trata de un vampiro. Las diferencias más notorias entre los vampiros del mundo fueron físicas, pues a algunos se les describía como a seres antropomorfos que me recuerdan más a un demonio alado —de los favoritos que aún se usan, sobre todo en películas y juegos de video— o a Medusa, siendo una de las imágenes más descabelladas el de una cabeza flotante aún unida a sus órganos internos (una mujer que en las noches se desprendía de su cuerpo y llevaba sus vísceras consigo; no fuera a morir por no poder digerir lo que bebía). Podría mencionar a algunas otras criaturas de este tipo para hacer notar la variedad de ‘vampiros’ que hay en el mundo, pero al no recordar todas y ya que no tiene demasiado caso hacer eso, sólo añadiré que a pesar de todas las diferencias físicas —y a veces conductuales— entre éstos, la principal característica que tienen todos y que no parece cambiar, es su relación con la sangre y el otro mundo (su retorno de él).

Siempre tuve en mente el no ignorar esas dos características, o de lo contrario podría estar frente a otro ser que me desviara del camino, un pariente lejano o tataratarabuelo de los vampiros, pero no necesariamente ser uno. Como los denominados *revinientes*, de los que creía eran sólo otra forma de llamar a los vampiros antes de adoptar el nombre que se usa actualmente, pero que son en realidad otra

especie de muerto que, por alguna razón, abandona su tumba; de cualquier forma, se le toma como un antecedente directo (López, *La metamorfosis del vampiro*). Confusiones como ésta se pueden dar habitualmente, más cuando en la antigüedad se relacionaba estrechamente al vampiro con los demonios. Debido a que estos últimos, internos o no, son algo común en las creencias humanas, se puede encontrar en culturas desde sumeria hasta la griega, figuras semejantes al vampiro y a los demonios, como las *Lamias* y la *Empusa* (más caníbales que bebedoras de sangre). Aunque seguramente una de las más llamativas sea *Lilith* (relacionada con la lujuria y el desenfreno por la etimología de su nombre, y presente en la demonología babilónica, judía y cristiana) la primera mujer de Adán, quien al no querer someterse al hombre es expulsada del paraíso, condenada al reino de la oscuridad y a convertirse en un demonio volador que se alimenta de sangre (López, 6). A ella, he notado, se le refiere en distintas apariciones de mujeres vampiro, ya sea sólo por usar su nombre, tomar a éste como a una raza de vampiros, o por considerarla como a la reina de éstos. Al principio me preguntaba el porqué de esto, pero tras ver su origen —o, más bien su caída de los cielos—, todo tuvo más sentido respecto a su relación con los bebedores de sangre.

Otra de las figuras vampíricas del folklore que llamó mi atención fue el *Ghoul*, no porque no la conociera —aparece en la “Historia del príncipe y la vampiro”, dentro de las *Mil y una noches*—, sino por las características que tenía en la antigüedad y por tener origen árabe, ya que —como muchos, quizá— tenía la idea errónea de que había sido una invención occidental. En realidad, surgió como un ser muy distinto a como se le conoce actualmente: un vampiro de bajo rango, más parecido a un zombi al atacar sólo por acción instintiva o primaria, o el sirviente de un vampiro, atado a éste por un

débil vínculo de sangre⁸. Al contrario, el *Ghoul* tenía raciocinio y era sumamente peligroso al poder caminar entre los vivos sin ser detectado como ‘algo más’; era un ser inteligente y hasta seductor al aparecer principalmente con aspecto de mujer. Todas estas características me desconcertaron y a la vez me parecieron algo irónicas, ya que con este ejemplo pude ver que si bien las ideas antiguas eran el germen de algo que iría evolucionando a una idea más compleja, en el caso del *Ghoul* sucedió lo contrario y su figura involucionó en lo que mencioné antes. Sin embargo, parece ser una especie de parte aguas en cuanto a los vampiros que aparecen dentro de los relatos folklóricos y los que están presentes en la literatura, ya que posee muchas características que se pensaría sólo estaban en sus apariciones más o menos recientes —dentro de la ficción— y en la parte occidental del mundo. Pero es en Europa central y oriental (la parte que podría considerarse pagana) donde la creencia del vampiro tuvo más arraigo, especialmente durante el siglo XVIII.

Todo comenzó —en una noche tormentosa, me gustaría pensar— con rumores sobre la existencia de vampiros en Polonia y Rusia (en 1693 y 1694), que aseguraban que aparecían “desde el medio día hasta la media noche” para “chupar la sangre de hombres y animales vivos”. Esto podría no parecer la gran cosa a simple vista, pero si el rumor cobró importancia fue porque apareció dentro de una publicación seria —supongo, aunque yo no pueda constatarlo— como lo era *Le Mercure Galant* (Ibarlucía, Castello-Joubert, 10). Pero un par de crónicas dentro de un medio de información no podría ser suficiente para crear pánico o una creencia extendida de algo, por muy seria que fuera; reitero, eso apenas fue el comienzo de más rumores e incluso

⁸ Estos ejemplos aparecen dentro de obras como *Hellsing*, de Kota Hirano (donde el *ghoul* es el resultado de morder a alguien no virgen), *Vittorio el vampiro* y *Sangre y Oro* de Anne Rice (en la primera, mantienen a la población sumisa al verter sangre en la comida de ésta, y en la otra obra se menciona la aparición de sirvientes pálidos a los que posiblemente se les dio la sangre vampírica sin llegar a convertirlos para que puedan actuar en el día, transportando a una pareja de vampiros).

testimonios de gente que podría considerarse más creíble que las demás sólo por tener más estatus social. Entre esos testimonios se encuentran el del botanista de Luis XIV de Francia durante su viaje a Levante (en 1702 y que tituló de la misma forma), en el que narraba como un *vrucolacas* aterrorizaba la isla griega de Míconos. Testimonios similares se difundieron en las regiones de Bohemia y Moravia (1706) y, posteriormente (1725), en la isla de Kisolova, entre la tan afamada Transilvania y la Bucovina (*Vampiria*, 12; Calmet,9-10). Este último rumor llamó más la atención (no por su localización, sino porque las consecuencias que provocara fueron mayores que en las anteriores) y como respuesta el gobierno mandó a crear un tratado breve llamado elocuentemente *De la masticación de los muertos en las tumbas* (1788) con el que pretendían acabar con la superstición de los vampiros al analizar el proceso de corrupción de la carne e informar de las propiedades de la tierra en Hungría y otras regiones, pues éstas ayudaban a la conservación de los cuerpos que muchos señalaban como muestra infame del vampirismo (Ibarlucía, Castello-Joubert, 12). Sinceramente, puede que el ver un cuerpo en un estado bien conservado dé algo sobre en qué pensar; de hecho, por esa misma razón se le ha adjudicado el calificativo de Santos a ciertos personajes de la iglesia que han permanecido incorruptibles dentro de sus féretros⁹; pero si los cuerpos aparentemente conservados son como los que recuerdo haber visto alguna vez que fui a una exposición sobre vampiros y en donde se mostraban diversos ejemplos de cadáveres a los que se les condenaba a llevar una estaca en el pecho o en la boca, debo decir que en verdad la superstición de aquellos tiempos era algo serio, ya que para nada me pareció que un cuerpo en ese estado (casi momificado o a veces con bastantes ‘jugos’ y con un ligero tono verdoso o violeta en la piel), fuera a levantarse para saltar

⁹ Sor María de Jesús de León y Delgado, San Juan María Vianney, Santa Clara de Asís, María de Jesús de Agreda, San Luis Orione, por mencionar algunos (*Wikipedia*, “Incorruptibilidad cadavérica”).

sobre el cuello de la gente ni mucho menos confundirse con alguien vivo. Pero bueno, esos eran otros tiempos.

Volviendo con el tratado para erradicar esas creencias... no funcionó. Por lo que los avistamientos de muertos vivientes se extendieron por unos años más hasta 1735 por Valaquia, Moldavia y las Provincias Ilíricas. Como comentan Ibarlucía y Castello-Joubert: “Nunca antes se había visto semejante guerra entre los vivos y los muertos; mientras por la noches las víctimas del vampirismo se multiplicaban, hordas de aldeanos profanaban los cementerios a plena luz del día y descargaban su odio contra los difuntos” (12). Y como aquello era algo más que un movimiento local o de unos cuantos y remotos pueblecillos, los gobernantes, alarmados, no tuvieron otra opción que luchar con más fuerza contra la superstición y la continua profanación de tumbas.

Uno podría imaginarse con ello que incluso el ejército podría tener una participación en la lucha, cuidando los cementerios o al poner un riguroso ‘toque de queda’ (que ya utilizaban los mismo aldeanos para no ser víctimas de vampiros, de hecho) pero su lucha era, más que nada, burocrática y por medio de más tratados que ayudaran a ilustrar las mentes del populacho. Y de todos los informes propuestos para acabar con las malas costumbres, sobresalió la del reverendo Augustin Calmet, que en su “Disertación sobre los revinientes en cuerpo, los excomulgados, los upires o vampiros, brucolacos, etc.”, publicado en París en 1746 —en la que hizo una gran recopilación de testimonios, evidencia jurídica relacionada con estos seres y diversas historias—, condenó las prácticas antes mencionadas pero, irónicamente, con ello aumentó la creencia sobre vampiros y provocó un mayor debate intelectual entre los ilustrados, entre los que se encontraban Rosseau y Voltaire (López, 12-13). Y es que aunque bien pudiera parecer risible el contenido de este tratado, la información que da es tan vasta que en verdad parece más un tratado sobre la existencia de vampiros y el

cómo acabar con ellos que un intento (porque de eso no pasó) para acabar con las supersticiones.

Ya que está más que claro que ni siquiera los argumentos de los filósofos como Voltaire —que afirmaba que los verdaderos chupasangres eran los usureros y la gente de negocios y que éstos no moraban precisamente en los cementerios (*Vampiria*, 15) — no rindieron los frutos que se esperaban, la fama de los vampiros saltó de los simples rumores y testimonios a la literatura. Pues qué mejor que aprovechar la fiebre nacida de las supersticiones para tener una fuente inagotable de creación, sobre todo para los escritores románticos de la época que se basaban en los mitos para crear sus baladas o poemas donde los *revinientes* volvían de la tumba para atormentar a sus amantes en su deseo de llevarlos consigo al lecho (sepulcro). Y si bien éstos se basaron en parte de la recopilación que hizo el muy recordado Calmet y otros tantos, lo importante en los inicios del vampiro literario fue lo que éste representaría ante la vida y lo que le daría su carácter primigenio: su continuo atropello a las buenas costumbres. Esa es una manera sencilla de decirlo, pues cuando se habla del inicio del vampiro en la literatura no siempre se puede coincidir con todos al poner una fecha u obra exacta para marcar una división entre lo que podría ser sólo un homenaje o una obra literaria más compleja, como podría considerársele a un cuento o novela. Pero saltarse a esto último sería algo tan absurdo como pensar que una gallina puede aparecer por generación espontánea y no de un huevo como cualquier pollo, para crecer y cambiar a través del tiempo como todos sus congéneres. Después de todo, las obras literarias actuales nacieron a partir de lo que escribieron otros en el pasado y éstos, a su vez, de lo que se contaba oralmente. Por eso es que comenzaré con los poemas o baladas que fueron una forma de enaltecer al mito del vampiro, fuera de los rumores o supersticiones, para darle un tratamiento más elegante.

Las baladas fueron consideradas como los antecedentes directos del vampiro literario al aparecer dentro de sus versos figuras como los *revinientes*, y en donde ya manifestaban su relación con la noche, la maldad y, por supuesto, con la necesidad de beber sangre. Hay diversos ejemplos de poemas de ese tipo, pero opino que para poder apreciar una progresión más sintetizada de su ‘evolución’, los que más se tienen que tomar en cuenta —y que nacieron en tierras alemanas— son “Que los muertos descansen en paz”, de Gaspar Stieler, y la afamada “Lenore”, de Gottfried August Bürger. En ambos se vislumbra la característica de los *revinientes* de atormentar a aquellos que amaron o tuvieron importancia para ellos en vida (López, 58). Además, en “Lenore” toman gran importancia las palabras del difunto ante los temores de su amada: “Deja en paz a los muertos”, ya que parece haberse tomado del título del poema de Stieler, aunque parece tener más fuerza en la balada de Bürger al posteriormente servir de inspiración a Ernest Raupach para el título y la trama de su cuento “Deja a los muertos en paz” (1823). De hecho, el poema de Bürger es uno de los que más ha tenido influencia en obras posteriores, ya fuera por el horror que provocara o la simbología de sus versos; es así que se puede apreciar uno de ellos en *Drácula* de Bram Stoker —“Los muertos cabalgan deprisa”, o “veloces cabalgan los muertos”, según la traducción (*Vampiria*, 490) —, así como otras referencias menos literales en “Christabel”, de Coleridge, y “El monje”, de Matthew Lewis. Sin embargo, una de las más notables influencias que tuvo fue con Goethe, pues éste tomó del poema el elemento de relacionar al lecho nupcial con la muerte y que su protagonista renegara de Dios, para ponerlo en su propia obra. Por esta razón, se considera a “Lenore” su antecedente literario directo (López, 59-60).

Es así que Goethe, en su publicación “La novia de Corinto” (1797), además de haber recibido inspiración con “Lenore”, le dio un verdadero tratamiento literario a la

figura del vampiro al alejarlo tanto del folklore como de las preocupaciones sociales e intelectuales de la época. El autor convierte al vampiro en un representante de la transgresión y la rebeldía que reencarna las pasiones y deseos oscuros del ser humano. Por otra parte, hace más directa la asociación de lo erótico con el ataque del vampiro, tanto por introducir al lecho como sitio de encuentro entre el vampiro y el amado, como por la actitud seductora que tiene con la víctima (López, 60-61).

Esas podrían ser las obras más notables con las que se comienza a introducir al vampiro en la literatura; también hay otras en terreno inglés, pero que a mi parecer no tienen la misma importancia que las ya mencionadas. De cualquier forma y ya que tienen ciertos elementos que se usan en posteriores apariciones vampíricas literarias, como el realce de su aspecto melancólico para tener empatía con el personaje y su asociación con lo demoníaco y lo primitivo (que también es un elemento tomado del folklore, pero que parece seguir teniendo vigencia), es que no las descarto de la lista, pese a que algunas no tienen vampiros como tales. Esas baladas son “The Gaior”, de Lord Byron (una metáfora del vampiro representada por un hombre infiel), la antes mencionada “Christabel” (en el que se presenta una especie de bruja), de Coleridge y “Thalaba” (aparece un *reviniente*-vampiro con posesión demoníaca), de Robert Southey.

Con todos esos supuestos vampiros que hubo de precedentes, tuve dudas sobre a cuales incluir en la lista, pero a pesar de las exclusiones hechas, no descarto lo que es elemental y, sobre todo, intento mantener un orden al compactar la información (aunque ese orden se lo debo a la tesis de Encarni López *La metamorfosis del vampiro*).

Y retomando el ‘camino del vampiro’ en los libros y dejando la poesía, finalmente me aproximó a una de las obras que no creí que existieran tan tempranamente y de la que sólo había escuchado el nombre del autor dentro de una

animación infantil (encarnando a un cazador mediocre de vampiros). Me refiero a “El vampiro” (1819), de John Polidori —que al inicio menciono—, relato con el que el vampiro realmente saltó a la fama y en el que se le aprecia tal cual se le conoce en la actualidad: posee una innegable aura de misterio rodeándolo, es un ser distante y frío, perverso y al mismo tiempo fascinante y es poseedor de la ventaja de pertenecer a la aristocracia, círculo donde parece ser mejor aceptado al estar tan presente la extravagancia y las infinitas excusas para disfrazar sus actividades bajo el amparo de la oscuridad. Podría considerársele como una imagen prototípica del vampiro (López, 72) al seguir teniendo cambios después; sin embargo, si ha tenido cambios es debido a que su fama no ha disminuido. Y mientras siga vigente, seguirá mutando como las sociedades han hecho con el tiempo.

Este relato marcó una tendencia en el modo de ver al personaje en la literatura. Volviendo a Lord Ruthven, el vampiro de Polidori, el modelo para ser el villano de otras historias; no sólo se concretó a hacer maldades dentro de su historia original, sino que migró a otras páginas junto con su séquito de perseguidores y víctimas a novelas y obras de teatro que tuvieron bastante aceptación y que surgieron de la pluma de Charles Nodier —representante del romanticismo francés— con el pseudónimo de Cyprien Bérard. El autor convierte al relato, sin embargo, en algo sumamente teatral, ligeramente infantil y con tintes más conservadores donde ‘el bien’ prevalece, a diferencia de la obra original en la que el vampiro es quien gana usando a los valores sociales a su favor. El relato de Polidori es sencillo, pero mantienen la tensión y la atención del lector con su ironía, mientras que la novela de Nodier es una versión edulcorada que recuerda mucho a lo que hace Disney con las historias clásicas de la literatura ‘infantil’ (pues bien se sabe que no fueron escritos para niños al ser ese

término algo más bien moderno, sino para enseñar lecciones crudas y efectivas) como “Caperucita roja”, “La bella durmiente” y “Blanca Nieves”.

El caso es que “El vampiro” de Polidori fue tan efectivo y revolucionario en su tiempo (y más que vigente en la actualidad) que el mismo Goethe hizo eco de la maestría de su autor mencionando que le pareció uno de sus mejores trabajos. Irónicamente, se pensaba que éste había sido de Byron debido a una confusión de su editor (Vampiria, 32; Glantz, 8). Cosas como esta hacen pensar que quizá su relato no habría llamado la atención de habersele atribuido a Byron; después de todo, a veces un nombre puede significar todo, así como también puede no valer nada. Pero pese a las especulaciones que pueda haber al respecto, la fama que tuvo ‘el señor de la noche’ a partir de este relato fue trascendental y, hasta cierto punto, canónica. Se coloca ahora al vampiro en las altas esferas de la sociedad y no en un cementerio, donde puede corromper todo lo que toca, a la vez que refleja con su presencia una crítica a los valores sobre todo cuando es él quien prevalece, ya que al tener todavía relación con lo primitivo (su lado salvaje, instintivo), si permanece indemne significa que la sociedad y sus valores son los que están fallando y deben revisarse (López, 83). Con esto, queda relativamente claro que Polidori buscaba hacer una crítica a los valores de su época al tiempo que realizaba una pequeña venganza contra Byron al construir a su vampiro basándose en el escritor, con el que no se llevaba muy bien, y con el argumento de una historia que éste no terminó (López, 78; Glantz, 8).

Con esta guía más pulida para lo que debe ser el personaje vampírico, varios autores toman el ejemplo de hacer a un transgresor refinado, pero al que siguen variando los detalles al momento de su construcción. Es así como en narraciones posteriores uno puede apreciar una mezcla entre lo nuevo y lo viejo y también nuevas interpretaciones del personaje. Los que —considero— valdrían la pena resaltar por

agregar rasgos relevantes al vampiro son historias como “Carmilla” (1871), de Joseph Sheridan Le Fanu y “La verdadera historia de un vampiro” (1894) —parodia de la anterior— del Conde Stenbock. En ambas historias está presente el homoerotismo, y en la última se hace una marcada diferencia con vampiros antes leídos al volverlo un ser andrógino, dándole así una sexualidad ambigua, y la conciencia de ser un ser maldito y sufrir por ello al tener que matar para vivir (López, 96); sin embargo, para evitar ese mismo sufrimiento sólo bebe lo que requiere sin necesidad de matar. Por último y de nuevo con “Carmilla”, otro elemento que añade es el de cazar al vampiro. A pesar de que en historias anteriores se buscaba aniquilar al mal, su destrucción se daba por accidente o casualidad, y a partir de esta obra la caza se convierte en algo primordial que es llevado a cabo por representantes de la civilización, como los científicos (López, 87).

Con esto último, no puedo evitar pensar en cierto personaje que es considerado uno de los cazadores de vampiros más emblemáticos dada su fama: el doctor Van Helsing. Con sólo escuchar su nombre, uno puede evocar fácilmente la imagen de la caza, la persecución y las disertaciones científico-esotéricas que le caracterizaban, así como da pie a entrar de lleno con *Drácula* (1897) de Bram Stoker, obra que pese a su sencillez se ha convertido en un clásico dentro de la literatura vampírica y un posible punto de partida para muchos interesados en el tema.

Pero, ¿por qué *Drácula* tuvo tanto éxito? A simple vista no puede apreciarse su secreto, sobre todo con todas las influencias modernas y alejadas del modelo de vampiro presentado en esta obra... en apariencia, ya que ésta es una influencia por excelencia para obras posteriores, ya sea al basarse directamente en ella o al querer hacer todo lo contrario a lo que Stoker expone. Pero lo que la convirtió en algo importante fue lo que hizo el autor para contar una historia: supo explotar tanto los

elementos del folklore como de la modernidad de la época (nuevos modos de pensamiento como el feminista; el tren, la máquina de escribir...) para hacer más realista la ambientación de su obra, e hizo salir al monstruo de las páginas a la realidad al relacionar el origen de su vampiro con la figura histórica de Vlad Dracul Tepes, pese a que éste es más considerado en su tierra natal como un héroe nacional que como al despiadado que gustaba cenar rodeado de cadáveres y mojar su pan en sangre. Pero, además de encontrar en *Drácula* una mezcla homogénea de realidad con fantasía y varios elementos que se le han estado agregando al vampiro en historias precedentes, también se encuentran elementos del propio autor que hacen aun más singular a su personaje. Algunos de ellos podrían considerarse menores, como el detalle de no tener sombra ni reflejo en los espejos —y que sin embargo lo es al expresar con esto la falta de un alma—, que se pueda convertir en murciélago (un clásico) o en otras cosas, y que tenga control sobre otras criaturas (ratas, lobos) y elementos naturales (nieve y niebla); pero quizá la más importante —y que seguramente llamaría más la atención de la crítica religiosa— es el notable hecho de convertir a Drácula en una inversión de Cristo al hacer diversas alusiones a éste con su comportamiento respecto a la sangre y el erotismo y con sus debilidades. A diferencia de Jesucristo, quien promete la vida eterna al comer su carne y beber su sangre en un sentido metafórico/divino, el vampiro otorga la vida eterna en la tierra, con el cuerpo y los demás deseos intactos, corrompiendo una vez más la armonía natural del mundo y la sociedad al traspasar todos los límites impuestos (López, 106-117).

Ya sea por su fama o por las características que reúne el personaje hecho por Bram Stoker (siendo la más peculiar la de crear terror a pesar de su gran ausencia en las páginas), ahora soy más consciente del porqué éste se convirtiera en el vampiro por excelencia y al que se le hacen múltiples referencias, directas o indirectas, en otras

obras. Además, pese a los cambios que pudiera tener el personaje —al menos dentro de historias que no buscan ser una excepción y se consideran de verdaderos vampiros—, éste mantiene su esencia de transgresor y de ser la encarnación de la crítica a la sociedad y, al mismo tiempo, su lado oscuro.

Podría quedarme hasta este punto en cuanto a la evolución del vampiro en la literatura, pues creo que no hay mucho qué agregar sobre posteriores atributos innovadores que se hayan dado al personaje, salvo la de volver al vampirismo algo opcional —algo así como un modo de vida— y utilizar (de algún modo) el modelo inglés del vampiro como hizo Anne Rice en sus *Crónicas Vampíricas*. Pues a pesar de que el género gótico —en donde mejor se puede desarrollar al vampiro por tener las mismas características de manifestar los excesos y cuestionar los valores sociales— llegó al continente americano, no se representó en un principio de igual forma que en Inglaterra, y lo mismo sucedió con el vampiro. La versión inglesa representó el enfrentamiento de lo primitivo con lo civilizado y se manejó como una amenaza ‘real’ (que podía estar entre las personas como individuo, al menos dentro de la ficción, si bien también se temía su aparición fuera de ésta); mientras que en Estados Unidos y el resto de América, el vampiro se convirtió en una metáfora que representaba los miedos internos y, a veces, amenazas sociales como la infidelidad, la liberación sexual —sobre todo la femenina y con lo cual apareció el concepto de mujer fatal—, la codicia de las clases altas (López, *La metamorfosis del vampiro*, cap. 1 y 2)... Estos mismos tratos dados al vampiro también se apreciaron en algunos de los cuentos ingleses (“Carmilla”, “The Gaior”), pero dentro de ellos también existía la criatura como tal, no sólo era una metáfora como la que manejara Voltaire en sus quejas sobre las creencias de los pueblos.

Ese es el tipo de ‘vampiro’ que se aprecia a finales del siglo XIX y principios del XX en América; por lo que además de “Berenice”, de Poe y “El intruso”, de Lovecraft (representantes del género gótico moderno), no hay demasiados relatos que considere pertinentes para ejemplificar al personaje —sobre todo cuando éste parece haberse convertido en un fantasma de sí mismo—, aunque como mencioné al principio dudo que en estas historias lo que se presente sea un vampiro, sino sólo una metáfora u otra criatura sobrenatural, pese a que en la antología *Vampiria* se menciona que en el cuento de Lovecraft se dan pistas (no muy evidentes, debo decir) para suponer que su protagonista es un vampiro (576); sin embargo, sin esas pistas podría quedar fuera de la lista de lo vampírico fácilmente. Y es así que, a mi modo de ver, el vampiro renació para moverse nuevamente entre nosotros y embelesarnos con su aire aristocrático gracias a la pluma sureña de Anne Rice, quien no metaforizó al vampiro (o al menos no como en los ejemplos anteriores) y lo hizo carne y sangre para ser contemplado una vez más tanto como depredador como víctima de la sociedad en que vive y, sobre todo, de sus propios demonios —siendo el principal su eterna soledad— y de la sed que los atormenta y les produce tanto placer cuando es satisfecha.

Podría decirse que la obra de esta autora es la nueva inspiración o tendencia sobre los vampiros como en su tiempo lo fueron “Lenore”, Lord Ruthven y *Drácula*, ya que aun cuando el darle voz al vampiro fue algo que ya se daba en Estados Unidos durante los años setenta, no fue sino hasta la aparición de “Entrevista con el vampiro” (1976) que esa ‘tendencia’ se popularizó. El ‘otro’ ya podía expresar su opinión, ya no era sólo el monstruo visto a través de los ojos de los humanos. Ahora era un protagonista más al que se le ve crecer y cambiar con el tiempo como cualquier individuo al que se analiza —tanto por él mismo como por otros— para obtener una identidad.

Es así como el vampiro como personaje literario pasó de ser un monstruo salido de la tumba para llenar de terror los corazones de la humanidad con su maldad, a un aristócrata seductor, crítico de su mundo y de sí mismo y no ser necesariamente malvado al ya no haber una marcada línea entre el bien y el mal como se hacía en la literatura ‘antigua’. No obstante, tanto los elementos antiguos como los más nuevos siguen apareciendo dentro de la nueva literatura vampírica que parece extenderse cada vez más y mostrar sus influencias en nuevas obras como la de los mexicanos (porque no podía demeritar a los nuestros) José Luis Zárate y Adriana Díaz Enciso, que en sus novelas *La ruta del hielo y la sal* y *La sed*, respectivamente, dan muestras de la tendencia de usar tanto lo viejo como lo nuevo. Zárate utiliza al vampiro como un depredador malvado del que sólo se comenta por medio de la voz de su protagonista —el capitán del barco donde todo acontece—, y que hace recordar a lo hecho por Bram Stoker de describir a la amenaza por medio de un tercero, y al pasaje donde el Démeter se convierte en un páramo gracias al Conde; por otro lado, en *La sed* se notan claras influencias de Anne Rice al ser el vampiro quien expone su punto de vista y nos cuenta sobre su vida, además de presentarse —físicamente— como un ser elegante y distinguido que viaja por todo el mundo.

Hasta este punto de la historia, no sé si parezcan muchas las transformaciones que ha sufrido el personaje, pero es evidente que éstas se relacionan directamente con las necesidades del autor y la época en la que aparece, sobre todo para ser un ‘producto’ más efectivo. Con eso he respondido a mi pregunta inicial al mismo tiempo que he conocido las etapas por las que el vampiro ha pasado en la literatura. Y ahora que poseo una mejor imagen de los vampiros ajenos, ha llegado la hora de explorar un poco la mía.

VISIÓN NOCTURNA

(Características primordiales de mi vampiro en las historias)

Antes, simples monstruos dirigidos por su instinto, cadáveres que escapaban de sus tumbas para esparcir la muerte... ahora, caballeros y damas seductores rodeados de misterio y con una larga historia que contar. Antes se les temía dentro y fuera de la ficción, ahora se les ama u odia dependiendo de si el autor que escribe sobre ellos es convincente o de nuestro gusto. No hay nada escrito sobre cómo deban ser los vampiros; éstos simplemente nacieron de la mente humana, como muchos otros seres, creencias y mitos, como un medio para explicar o justificar cosas que no se entendían antes, como muertes en apariencia sin razón, enfermedades —como la porfiria, catalepsia, rabia y pelagra— o la preservación de los cuerpos (Calmet, 18-19). Su función ahora es la de entretener y, al mismo tiempo, servir como un medio de crítica social —como hiciera John Polidori al crear al vampiro inglés, un modelo imitado hasta nuestros días—; aunque en última instancia todo depende, claro, de la intención del escritor.

Un personaje como el vampiro tiene tantas caras como historias se han escrito de él; unas pueden ser similares y otras radicalmente distintas, pero lo que no debe cambiar —al ser eso lo que lo convierte en lo que es— es el hecho de que posea el vampirismo, que es la práctica de la succión de sangre, de vida, como define llanamente Cuenca en las primeras líneas de su prólogo en el *Tratado sobre los vampiros*. Por tanto, esta característica no es algo de lo que se pueda prescindir sin tener una clara y convincente justificación, cuando se trata con este ser. No voy a dedicarme a criticar a quien ha decidido alejar al vampirismo de su ‘vampiro’, como Stephanie Meyer, pero hago énfasis en este detalle al haber tomado como modelos para crear mi propio vampiro a quienes no han optado por hacer un cambio tan radical en el personaje. Desde que concebí la idea de escribir sobre ellos esa ha sido mi regla principal; cualquier otro

detalle puede variar para hacerlo único o más mío. Sin embargo, al escribir las historias que aquí presento, no tuve ninguna intención de hacer algo completamente nuevo, sino más bien basarme en lo que se ha considerado como clásico, de alguna manera; esto, más que nada, al querer enfocarme más en contar una historia que en mencionar dentro de la misma las posibles características de mi vampiro. Por el momento sólo lo invité a actuar, no a presentarse formalmente. Mi principal modelo es, entonces, el vampiro nacido —o quizá, más bien, recreado— durante el Romanticismo literario y los autores que más se acercan a ese ‘molde’ literario, pese a que puedan no ser realmente los sofisticados succionadores de sangre del siglo XIX, como afirma James B. Twitchell en su estudio sobre el vampiro en la literatura romántica, y en donde recalca que no le interesan los vampiros actuales, que son groseros, aburridos y demasiado adolescentes comparados con los anteriores (citado en Marcon, “Animales nocturnos”).

No podría asegurar que mis vampiros sean sofisticados, pero al menos se adecúan a mis necesidades para contar una historia, como lo hicieron los chupasangre aristócratas de hace casi doscientos años atrás para sus respectivos autores. De hecho, el que estuvieran dentro de la aristocracia era algo que les beneficiaba para moverse entre los humanos, ya fuera porque el dinero les ayudaba tanto como a cualquiera o porque al pertenecer a la alta sociedad se les atribuían características buenas o que eran de confianza... al menos al principio y antes de que se diera a conocer su verdadero rostro. Por eso es que vampiros como Lord Ruthven, Carmilla o Drácula, entre otros, podían actuar tanto al amparo de la oscuridad (aunque también salían en el día) como de su buen nombre o título nobiliario. Lo mismo hacen algunos vampiros de Anne Rice —Marius y Lestat, principalmente— quienes, aprovechando las fortunas que tienen, se mueven con más libertad por el mundo; aunque éstos últimos, a diferencia de los antes

mencionados, se ocupan principalmente de vivir y dejar vivir en vez de tomar lo que puedan de los que les rodean.

A pesar de inspirarme en vampiros como los de Rice, no vi la necesidad de utilizar ese elemento para los míos, pues estaría repitiendo —a mi parecer— una y otra vez la misma fórmula y no les daría la oportunidad de moverse por otros medios, los que ellos mismos se puedan proporcionar; pues si son más que humanos, con tan sólo una necesidad básica que satisfacer, no es importante si tienen dinero o no. Tan sólo en “Inocencia” hice un uso sutil de ello debido a que para escribir esa historia me basé directamente en la adaptación de *Drácula: Nosferatu*, así que no podía simplemente quitarle sus medios para moverse, sobre todo al ser un conde. En cuanto a los otros, le di más importancia a las situaciones en que se encontraban, a sus propias circunstancias, no a lo que llevaban en el bolsillo, si bien el vampiro que presento al inicio en “Tumba para dos” hace alusión a que pudo tener posesiones, pero prefiere no llevarlas con él para no llamar la atención innecesariamente.

Siempre he dicho que la fama y los vampiros no se llevan bien (dentro de su universo); un buen ejemplo de esta idea es Lestat de Lioncourt, que al querer ser estrella de rock puso en peligro a todos los vampiros del mundo al evidenciar su existencia y, por ello, ser el blanco de todos los de su especie como merecido castigo (*Lestat el Vampiro*); lo mismo habrían hecho los vampiros de “La Mascarada” que prefieren mantener un perfil bajo y utilizan todo lo que tienen a la mano para no sacar a la luz su presencia en el mundo, en vez de querer gritar que son más que una leyenda o un mito (5). Como bien repetía Van Helsing: “la fuerza más importante del vampiro radica en que nadie cree que existe”, por lo que era importante que mantuvieran ese anonimato, sobre todo cuando la mayoría de vampiros se aprovechaban de la ingenuidad humana, ya fuera para mantenerse ocultos y seguros o para hacer fechorías. En la mitad de mis

relatos, sin embargo, las personas saben que puede haber algo más, acechando, o no se muestran tan sorprendidos de encontrar ante sí a un ser extraño y potencialmente peligroso al tener en cuenta a lo sobrenatural, pero en otros como “Tumba para dos”, “Inocencia” y “Melancolía negra”, el misterio sobre la identidad del ‘monstruo’ se mantiene hasta cierto punto oculto, pese a que en los primeros dos es éste quien narra los eventos. En el caso del último, el no hacer explícita la presencia del vampiro (tanto para el lector como para los personajes) lo logro no sólo al cambiar al narrador, sino al convertir al vampiro en una metáfora de la enfermedad que asola al lugar donde se desarrollan los hechos y, al mismo tiempo, lo presento de una forma ‘real’ en los ‘muertos vivientes’ de los que se ocupan los sobrevivientes del pueblo; algo parecido a lo que hiciera Edgar Allan Poe en “Berenice”, utilizando la ambigüedad para enlazar síntomas de una enfermedad con vampirismo. De cualquier forma, la intención primordial al escribir esta historia era mantener el misterio de si en verdad había un vampiro en la región o sólo se trataba de las supersticiones de los pobladores. Tal como sucedió entre los años 1700 y 1702, en una pequeña isla griega, donde la población se diezmó por una epidemia vampírica que sólo desapareció tras haberse exhumado todas las tumbas posibles para ocuparse de los cuerpos —uno de los tantos testimonios encontrados en el *Tratado sobre los vampiros*, de Calmet—. Este relato es entonces una excepción a los demás, al haberme basado para su creación en este suceso y no en vampiros literarios, convirtiéndolo así en otro relato nacido del folclore. Mi intención, de hecho, era la de utilizar más de una posibilidad en el manejo del personaje, con el objeto de dar un poco más de variedad narrativa.

La mayor constante dentro de mis historias, sin embargo, es el uso que le doy al narrador, pues cuando éste es el protagonista (mi vampiro), mi intención no es sólo contar algo a través de sus ojos: es crear empatía, que se vea que no es necesariamente

el malo de la historia, sino un ser que tiene derecho a vivir incluso con lo que implique su existencia; ya que en la mayoría de las primeras historias del ‘nuevo’ vampiro romántico (aunque éste ya no era una criatura que sólo salía de la tumba para saciar su sed y atormentar, sino alguien con quien se podía convivir y razonar sin problemas), el punto de vista narrativo seguía siendo el del humano y, por tanto, el vampiro —el otro, el astuto y encantador aristócrata de tez pálida— permanecía como la amenaza con la que se debía acabar.

No hay ninguna duda de que el vampiro es un depredador; incluso en mis historias hago hincapié en ello, pero eso no quiere decir que sólo deba seguir un camino, que no tenga opciones. En mi primer relato es más que evidente el pensamiento del narrador: sólo quiere que lo dejen en paz, dormir en su lecho de tierra. Su opción era mantenerse al margen, permanecer tan indefenso como el cadáver que pretendía ser (una estrategia empleada por varios vampiros de la saga creada por Anne Rice); pero el detonante, lo que le obligó a volver a ser un depredador, fueron los humanos. Lo mismo ocurre con mi versión de *Nosferatu*: actúa porque elementos ajenos, persona, llegan a su mundo para tentarlo; la historia se repite en “Cazador”, donde el vampiro ataca porque así lo quiso el humano, llevado por su curiosidad. Bien podría ser que sólo se está aprovechando de la situación, que continúa siendo un manipulador, pero lo que no cambia —y que quiero recalcar en mis historias— es que es el humano mismo quien coloca al ‘mal’ sobre sí y que de lo que en verdad debe cuidarse es de sus propios actos y creencias. El ejemplo más contundente de esto se encuentra en “Por una gota”, donde el vampiro es un claro prisionero de quien debiera ser su víctima; el humano jugó con fuego y terminó hecho cenizas. Aquí el vampiro no tuvo una opción, sin embargo, sólo hizo lo que tenía que hacer al provocársele de verdad.

Las opciones que le doy a mi vampiro entonces son: las de matar, de salir al mundo y la de amar. Ésta última quizá sea la que más dé a pensar a los conservadores que prefieren mantener al bebedor de sangre como un demonio que sólo vive para satisfacer su sed y divertirse con las emociones humanas, pero yo tomo esa característica que los hace más humanos al no considerarlo como algo que afecte en verdad su naturaleza oscura. Después de todo, ni siquiera Stoker alejó a las emociones del vampirismo reflejado en su obra al hacer actuar al vampiro “solamente sobre aquellas víctimas que despiertan en él una cierta simpatía y que, al mismo tiempo experimentan cierta atracción por él” (Cuenca, *Tratado sobre vampiros*, 4).

Pero, ¿acaso un vampiro puede amar? En algunas obras donde se presentan a los bebedores de sangre más ‘humanizados’, no hay un ejemplo que dé una respuesta afirmativa de ello. Lord Ruthven siempre buscaba engatusar a todo joven o jovencita que encontrase, haciendo gala de su seducción y misterio, y a veces hasta de amistad, para lograr sus propósitos privados (y más bien crueles) que nada tenían que ver con amor. Lo mismo sucede con los *upires* de Alexei Tolstoi, que atormentan a su propia familia en vez de protegerla; así como Prosper Mérimée (*Sobre el vampirismo*) y Stephen King (*Salem’s Lot*) muestran a un vampiro que sólo llega para satisfacer sus necesidades, convirtiendo a toda una región en un páramo al hacer de su presencia una epidemia. Sin embargo, hay otros ejemplos donde, a pesar de que se le considera —y hasta se comporta— como un monstruo y ciertamente actúa para beneficio propio, ha demostrado que puede amar. Drácula es un buen modelo al ser su motivo principal para actuar, el revivir su amor con su fallecida esposa, a quien ve en el rostro de Mina Harker (esta perspectiva es mucho más evidente en las versiones cinematográficas de la obra, como por ejemplo en la dirigida por Francis Ford Coppola); el Conde Vardalek, en “La verdadera historia de un vampiro”, hace todo lo necesario para no matar a Gabriel, de

quien se ha enamorado, y lo mismo hace Clarimonda en “Los amores de una muerta”, quien a pesar de seguir bebiendo de su amado para continuar existiendo, apenas toma lo necesario a costa de su propia salud. Y no podía descartar a los vampiros de Rice, que a pesar de hacer hincapié en su naturaleza solitaria, han hecho de todo por amor: desde engañar hasta matar, abandonar al que ha ganado su aprecio para no convertirlo en uno de ellos o, por el contrario, convertirlo al sentir que no son capaces de vivir sin ellos o por no verlos morir. Este acto también podría ser considerado como simple egoísmo, pero al ser el vampiro tan complicado como el propio ser humano (sobre todo por haber sido uno al principio), su comportamiento suele ser tan diverso como extraño, y por ello tampoco se le puede encasillar dentro de una categoría como ‘bueno o malo’.

En “Inocencia”, los actos que hace el conde pueden parecer amorales —él mismo lo admite— pero a pesar de que sus intenciones se reducen a la autosatisfacción, lo que busco es que no se le juzgue por lo que hace y mejor se observe por qué lo hace. En “Tonos dorados” también hago énfasis en la capacidad del vampiro de poder amar, en contraste con la frialdad de los humanos ante algo que les produce rechazo, como una marca de nacimiento. En este caso, el héroe era quien debía ser el monstruo, aunque su amor derivó en tragedia al tener que abandonar por causas de fuerza mayor (¿un accidente, obligación?; las posibilidades son varias) a quien ayudó. Y, por supuesto, donde se da el mayor ejemplo de héroe trágico —como también se les cataloga a los vampiros de Marilyn Rose en su saga romántico-gótica de *Barnabas Collins* (“Vampiros en la literatura”, web) — es en “Culpa” al terminar con el sacrificio del protagonista por aquellos a quienes ama. Pero esta última historia tiene la peculiaridad, por así decirlo, de tener como consecuencia del amor no sólo a la situación que se expone, sino a la creación de un *Dhampir*.

En todas las obras que he mencionado antes no se incluye para nada —de hecho, es prácticamente inconcebible— el que se pueda tener un ‘producto’ de la relación amorosa y sexual entre un humano y un vampiro... salvo algunas excepciones, como en “La Mascarada” donde se expone que pueden concebir los vampiros más débiles (al conservar características humanas), ahí descritos como de la decimoquinta generación; además y recientemente, en la última entrega de las *Crónicas Vampíricas*, “El príncipe Lestat”, también se hizo una aportación de este tipo, aunque en este caso se trató de una curiosidad científica —más parecida a una inseminación artificial pero con sexo— en la que el producto siguió siendo humano, curiosamente. El caso es que la ‘procreación’ para estos seres se basa principalmente en la toma de sangre de la víctima o elegido para ser un discípulo, y la consiguiente entrega de sangre del vampiro; método que se utiliza principalmente en la obra de Rice y en el universo de *Vampiro* (“La Mascarada”, “Réquiem”, etc.); en cambio, en *Drácula* o *Salem’s Lot*, basta con morder a la víctima para que se ‘infecte’ y se convierta paulatinamente en uno de los suyos. Pero en ambos casos y a pesar de ‘nacer’ un nuevo inmortal, no se estaría hablando de una procreación sino de una conversión. No obstante, utilizar el recurso de crear un nuevo ser a partir de otros tan —aparentemente— opuestos no es tan descabellado, pues los encuentros sexuales entre vampiros y humanos resulta más habitual de lo que parece, sobre todo si se consideran a las leyendas tan conocidas de los Súcubos e Íncubos (que pueden entrar tanto en la demonología como en el vampirismo) y otras dentro del folklore eslavo y gitano —principalmente en la región de los Balcanes— donde se habla de los *Dhampir* y sus habilidades particulares entre las que destacan poder detectar fácilmente a los vampiros y no tener las debilidades de éstos. Respecto a la apariencia de estos últimos, varía según la región donde se cuenta de ellos; se les llega a describir como seres gelatinosos o sin esqueleto, con cabezas grandes y sin sombra, o con aspecto humano

pero con las ventajas antes mencionadas (“El espejo gótico”, web). Por supuesto, yo me basé en lo último, tomando como referencia principal al *Dhampir* protagonista de las novelas de Hideyuki Kikuchi: D, de *Vampire Hunter D*, quien es temido y despreciado tanto por vampiros como por humanos al ser un híbrido y posible amenaza para ambos bandos. Esa tensión y/o desconfianza se ve reflejada en mi propia historia al ser el desencadenante del conflicto.

En “Culpa” lo que hago es utilizar todos los elementos que comprenden mi idea completa del bebedor de sangre (aunque no pongo todo en lo que aquí presento al ser sólo un fragmento de la obra entera) y que exponen varios autores; es así que tomo del creador de D la idea de que los vampiros pueden procrear (embarazando a una humana), además de integrar a su mundo otras criaturas como hombres lobo... o hasta demonios e incluso brujería y alquimia si así lo quisiera. De Anne Rice tomo las características sobrenaturales de sus vampiros (como leer mentes, tener fuerza descomunal, entre otras cosas), así como ciertos comportamientos —voluntarios e involuntarios— como poder resistir la sed de sangre, ya sea para convivir con humanos o sólo por necesidad (“Por una gota”) e incluso poder defenderse —sólo hasta cierto punto y de forma instintiva— cuando están dormidos. Eso es el caso de esta historia, pues en una visión general, lo que intento plasmar al igual que la autora de *Crónicas Vampíricas*, es la idea de un vampiro consciente de sí mismo y de su entorno pero que no deja de ser peligroso, sobre todo cuando se le amenaza; que mantenga los atributos que lo hacen tan popular y que Margo Glantz enfatiza tan elocuentemente:

“El vampiro es un ser que se alimenta de sangre [...] de la vida ajena [...] su presencia despierta una sigilosa concupiscencia, un terror extraño, y provoca furtivas complacencias y heladas sensualidades; [...] su aspecto es a la vez atrayente y repulsivo; su simpatía es satánica y su relación con el otro mundo se sospecha y se persigue; su sustancia es la muerte” (Metamorfosis del vampiro, 6).

No intento redefinir al arquetipo, sólo lo expongo como alguien que puede pensar y sentir y caer en sus propias debilidades como cualquiera de nosotros, ya que el

vampiro no es sólo un ser que sale de nuestros miedos más profundos para atormentarnos, también es el reflejo de nuestra propia humanidad, de nuestros errores y deseos hechos carne y sangre dentro de la ficción, y continuará regenerándose no importando cuántas veces se intente matarlo.

CAMINANDO ENTRE TINIEBLAS

(Breve exploración sobre la aceptación de los cuentos y los vampiros)

Cuando escribí el primer cuento de todos los que conforman *Melancolía*, no lo hice con el propósito de iniciar un libro que tuviera sólo cuentos de vampiros, lo hice tan sólo pensando en hacer algo que tuviera el suficiente suspenso o misterio para llegar a parecerse —siquiera un poco— a lo que había leído antes en escritos como los de Edgar Allan Poe o Lovecraft, y así mantener la identidad de mi personaje en el anonimato, o al menos hasta el final. Pero ahora que es parte de un grupo, la introducción a un tema y criatura, supongo que el misterio sale sobrando, sobre todo si se presenta al libro desde el inicio como de historias de vampiros. Sin embargo, ese detalle no evitó que quisiera mantener esa ‘fórmula’ o elemento en mis historias al no mencionar directamente la palabra “vampiro”, en algunos cuentos, y al hacer uso de la ambigüedad

Ahora, respecto a por qué escogí escribir cuentos o iniciar mi travesía vampírica con ellos, fue más bien resultado de las circunstancias más que de la comodidad. Pues a mí me hubiese gustado iniciar con una novela (de la cual ya tengo una parte hecha, si bien requiere de bastantes arreglos) pero, al mismo tiempo, quería plasmar algunas de las ideas que fueron surgiendo mientras leía las narraciones de otros. Y como no sería posible hacer una novela de cada una —debido a los límites que tenían esas mismas ideas— preferí el formato del cuento para dejarlas salir.

Quizá no haya sido una buena elección de mi parte considerando que el cuento o las historias cortas no tienen el mismo prestigio ni fama que las novelas y, por lo tanto,

no llaman demasiado la atención para ser publicados o leídos (a menos que ya se tenga un renombre) y que no tengan una buena rentabilidad en el mundo editorial, ya sea por su extensión o el subgénero (como ahora suele llamarse a las diversas temáticas sobre las que se escribe). Pues, según he visto en artículos o algunos programas de televisión relacionados con las letras y su producción como una mercancía (porque, se quiera o no, es lo que es actualmente), el cuento no es tan rentable como una novela no sólo por la diferencia que hay en la extensión de páginas —y que realmente no tiene importancia si se toma en cuenta que un libro de cuentos puede tener el mismo número de páginas que una novela— sino por los prejuicios que puede haber en relación al tiempo y trabajo que se requiere para crearlos. Obviamente una novela de quinientas páginas tomará más tiempo en hacerse que uno o varios cuentos, pero el trabajo o esfuerzo pienso que puede variar en cada escritor, dependiendo si para éste es más fácil escribir una narración corta o larga. No obstante, lo segundo siempre tiene más peso, más reconocimiento y, a la larga, puede que incluso ofrezca al autor la inmortalidad al darse a conocer entre unos cuantos o en el mundo entero.

Por otro lado, el género también influye mucho en si el material escrito tendrá buena aceptación. Esto puede variar mucho dependiendo del país o la cultura o los gustos generales de la población. En el programa *Triángulo de letras*, por ejemplo, mencionaban que el terror y el horror (considerados como un género menor) están en el gusto de los mexicanos, casi en su ADN; sin embargo, las editoriales parecen tener una especie de tabú al —más bien, no querer— publicar material de este tipo a menos que se trate de autores extranjeros como Stephen King o Lovecraft, tanto en antologías como en obras individuales. Pero cuando se trata de autores nacionales, el miedo y el horror se hacen presentes, pero por publicar, y resurgen de la tumba los prejuicios sobre lo que

ese género ‘menor’ —en el que, por supuesto, incluirían a los vampiros— podría provocar (bajas ventas, malas críticas).

Pero aún con esas desventajas, no abandoné la idea de hacer estas historias; más que nada, porque con ellas podría aprender y experimentar con un género al que no estoy acostumbrada o con el que parezco no llevarme muy bien (aunque también hice algún experimento convirtiendo en guión parte de la novela “Lestat el vampiro”). Después de todo, para mí el cuento no es sólo una pequeña narración auto conclusiva, puede ser el inicio de una más larga, ya sea en la mente del lector o verdaderamente prestarse para hacer otra cosa con ella en un futuro. El ejemplo más literal de esto es “Culpa”, que a pesar de ‘terminar’ por ahora, en verdad es sólo un fragmento de una futura novela que tengo en mente y que quise presentar al lado de los otros cuentos para que conocieran a mi personaje principal. Por lo que, aunque en los demás haya tomado más elementos ajenos para su ‘composición’, éste posee más de mi esencia, de lo que se ha formado a través del tiempo en mí gracias a la influencia de otros escritores (primordialmente de los que he mencionado). Con estos cuentos lo que pretendo es hacer una especie de calentamiento para mis otros proyectos, aun cuando es posible que me esté arriesgando a no ser leída a pesar de que, curiosamente, el cuento debiera tener más demanda si se toma en cuenta que muchas personas en éste y otros países prefieren leer poco y no algo tan grande o basto como una novela con casi mil páginas.

Debo admitir que yo he leído más novelas, pero la razón es porque los autores y los temas que me agradan están presentes en este género; no obstante, no me importaría si escribieran cuento, relato, minificción o novela. Pienso que eso no debería condicionar el nivel de público o aceptación, pues la única diferencia significativa entre éstos es la extensión y, en segundo lugar, la forma de abordar la historia (misma que varía entre cada autor). De hecho, escribir una narración corta me parece mucho más

difícil que una larga, pues hay que ser concisos, exactos y contundentes, concretarse a una situación. Mientras que en la novela se puede dosificar tanto la historia general como los detalles de los personajes (que a su vez son mini historias). Tomando en cuenta este último punto, es que mis personajes no tienen nombre en ninguno de mis cuentos (salvo en “Culpa”) al darle más importancia a lo que sucede que a quién le sucede (como individuo, ya que el que sea un vampiro sí tiene importancia).

Por último, cabe mencionar que no he visto una gran variedad en cuanto a relatos vampíricos además de los que ya circulan en antologías literarias del tema, y en los que puede haber o no ‘verdaderos’ vampiros. Así que, aunque sea poco, espero contribuir de algún modo con la producción relacionada con estos seres de la oscuridad; ofrecer narraciones donde sí se encuentre este personaje en su esencia más pura (o lo que podría ser más puro en esta época, ya que es uno de los arquetipos que más variaciones ha tenido a través del tiempo y ahora, más que ser un personaje de terror, es uno romántico) y no sólo una metáfora de los pecados humanos como la avaricia y la lujuria o un espectro/criatura del que no se sepa con claridad lo que es al haberse modificado en extremo o, al contrario, sólo tratarse de un ser nocturno. Y que lleguen a gustar tanto como una novela a pesar de su sencillez y escueta extensión, pues al final, más que competir con otros escritores, disfruto haciendo mi propio aporte y rindo homenaje a todos aquellos que gozamos creando y leyendo sobre los habitantes de la noche, pues creo que la gran mayoría tenemos una sed tan insaciable de sus historias como ellos de nuestra sangre.

BIBLIOGRAFÍA

- “Dhampiro”. Wikipedia, 2015 < <https://es.wikipedia.org/wiki/Dhampiro>>.
- “Dhampiros: cuando una mujer tiene un hijo con un vampiro”, *El espejo gótico*, 2015 <<https://elespejogotico.blogspot.mx/2015/03/dhampiros-cuando-una-mujer-tiene-un.html>>.
- “Documental de Vampiros”. *Youtube*. Youtube, LLC, 30 noviembre 2009. Web. 10 julio 2015 < <http://www.youtube.com/watch?v=gUImDZhroI0>>.
- “Incorruptibilidad cadavérica”. Wikipedia, 30 de julio 2016 <es.wikipedia.org/wiki/Incorruptibilidad_cadaverica>.
- “Juegos de rol”. *Wikipedia*, 30 de julio 2016 <es.wikipedia.org/wiki/Juego_de_Rol>.
- “Los Dhampir: mitad humano”. Escalofrío, 2015 <http://www.escalofrio.com/n/Vampiros/Los_Dhampir_-_Mitad_humanos/Los_Dhampir_-_Mitad_humanos.php>.
- “Secretos de los Vampiros”. *Youtube*. Youtube, LLC, 30 noviembre 2009. Web. 11 julio 2015 < <http://www.youtube.com/watch?v=KrsAjs1kCng> >.
- Brote, Jean-Francois. “Producción literaria y rentabilidad: el caso de Clarín”. *Alicante* 2003, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 8 agosto 2015. <www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/produccion-literaria-y-rentabilidad-el-caso-de-clarin-0/html/ffcec0d8-82b1-11df-ac-c7-002185ce6064_4.html#I_0_ >.
- Calmet, Augustin. *Tratado sobre los vampiros*. Trad. Lorenzo Martín del Burgo. Reino de Cordelia, 2009.
- Chimal, Alberto. “Una crítica de vampiros”. *Las historias*. Junio 2015 <www.lashistorias.com.mx/index.php/archivo/una-critica-de-vampiros/>.
- *Drácula, de Bram Stoker*. Francis Ford Coppola. Perf. Gary Oldman, Winona Rider, Anthony Hopkins, Sadie Frost, Richard E. Grant y Keanu Reeves. Columbia Pictures, 1992.
- *Entrevista con el vampiro*. Neil Jordan. Perf. Tom Cruise, Brad Pitt, Antonio Banderas, Stephen Rea, Christian Slater y Kirsten Dunst. Warner Bros. Pictures, 1994.
- García, Marcos. “Anne Rice: ¿reina de los condenados o reina condenada?”. *La sogá* junio 2015. 21 julio 2016 <lasoga.org/anne-rice-reina-de-los-condenados-o-reina-condenada/>.
- Glantz, Margo. “Las metamorfosis del vampiro”. *Antología de la Novela Negra*. Herrera Roberto y Encarní López González (comp.). México, 2013.

- Hirano, Kota. *Hellsing*. Japón: Shonen Gahosha, 1997.
- Ibarlucía, Ricardo y Valeria Castelló-Joubert. *Vampiria: 24 historias de revinientes en cuerpo, upires y otros chupadores de sangre*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2007.
- King, Stephen. *Salem's Lot*. Barcelona: Editorial Pomaire, 1976.
- López, Encarni. *La metamorfosis del vampiro: características y evolución del personaje en la literatura en lengua inglesa y española (1819-1927)*. UNAM.
- Maestre, Antoni. "Soy un vampiro, pero también una chica: vampiros regenerados en *True Blood*". *Brumal primavera* 2016: 107-128.
- Marcon, Valeria. "Origen del mito del vampiro a nivel antropológico y literario". *Animales nocturnos* (blog). 21 julio 2016
<<https://animalesnocturnos.wordpress.com/2014/07/15/origen-del-mito-del-vampiro-a-nivel-antropologico-y-literario/>>.
- Ordíz, Inés. "Los vampiros del mundo globalizado: *La sed* de Adriana Díaz Enciso". *Hispanet Journal* 4 (2011): 1-14.
- Quirarte, Vicente. *Sintaxis del vampiro. Una aproximación a su historia natural*. México D.F: Verdehalago, 1996.
- Rein, Mark y Hagen. *Vampiro: La Mascarada. Un juego narrativo de horror*. Trad. Carlos Lacasa y David Alabort. Graficinco S. A.
- Rice, Anne. *El príncipe Lestat*. Barcelona: Ediciones B, S.A., 2015.
- Rice, Anne. *La reina de los Condenados*. Barcelona: Ediciones B, S.A., 2004.
- Rice, Anne. *Lestat el vampiro*. Barcelona: Ediciones B, S.A., 2004.
- Rice, Anne. *Sangre y Oro*. Barcelona: Ediciones B, S.A., 2003.
- Rice, Anne. *Vittorio el vampiro*. Buenos Aires: Editorial Atlántida S. A., 2001.
- Roas, David. "Mutaciones posmodernas: del vampiro depredador a la naturalización del monstruo". *Uberlandia-MG* 2. 28 (2012): 441-455.
- Stoker, Bram. *Drácula*. Barcelona: Plaza & Janes Editores, S. A., 1986.
- *Vampire Hunter D: Bloodlust*. Yoshiaki Kawajiri. Perf. Pamela Adlon, John DiMaggio, Dwight Schultz y Andy Philpot. Urban Vision/Nippon Herald Films, 2000/2001.

